897.286
S161c
LSC
UNC-CH

La Cruz de Caravaca

Cira
(Salazar y Robles)

The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

897.286
S161c

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00025614087

La Cruz
—DE—
Caravaca

EPISODIO TICO

—POR—

CIRA

(NOVELITA PREMIADA)

CARTAGO
IMP. "EL HERALDO"

1924

LA CRUZ DE CARAVACA

EPISODIO NOVELESCO TICO

POR

CIRA

(Da. Caridad de S. de Robles)

FAVORECIDA CON EL PREMIO DE "MENCIÓN EN LOS JUEGOS FLORALES DE LOS PP. CAPUCHINOS DE CARTAGO DEL AÑO 1924.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

CARTAGO 1924
Imp. "El Heraldo"

NIHIL OBSTAT

El Censor: Fr. P. de M.

IMPRIMASE

Alejandro Porras

Vic. Gen.

IMPRIMATUR

Fr. J. de Lacot.

Sup. Reg. o. m. c.

La Cruz de Caravaca

"Quien sembrare abrojos en su camino,
se clavará las espinas en el corazón".

CIRA.

I

VESPERTINAS

Don Pedro, gusta Ud. de acompañarme a dar mi cotidiano paseo? Es costumbre adquirida y no puedo prescíndir de ella. Vea Ud. qué tarde tan expléndida! Me acompaña Ud. amigo mío?

—Tengo en ello sumo placer, amigo don Juan; la tarde convida, todo es placidez y dulzura; qué ambiente tan agradable! Vamos. Ambos amigos, cojidos del bracero, tomaron rumbo al E., por la Calle Real, hacia el barrio de los Pardos o sean los esclavos.

Eran nuestros paseantes, dos estimables caballeros de edad madura; frisarían poco más o menos

4536 01
897.286
S161c

de cincuenta y cinco años, ambos radicados en la ciudad de Cartago, habían estrechado sus relaciones amistosas, tanto, que don Pedro era huésped de su amigo Juan Prado. Este, de origen español, residía en la ciudad capitolina hacía largos años. Había contraído nupcias con una "cartaga", hermosa y honorable joven, que le había dado dos hermosos y robustos niños: Ginés y Alonso, tan bellos como su madre y de un caracter tan ecuánime, como su padre.

El Señor Prado, era feliz en su hogar y vivía de las rentas que le producían sus valiosas fincas en Paso Ancho.

Don Pedro del Corral, recientemente llegado de la península española, desempeñaba un cargo en la Administración Pública. Habiéndose relacionado con don Juan y, careciendo de hogar, fuese a vivir bajo el mismo techo de su amigo Prado y consideraba a aquella familia como suya.

En los actuales momentos, en que presentamos a estos amigos, la familia de don Juan veraneaba en su hacienda llamada "Las Breñas", en Paso Ancho. Ellos, por sus ocupaciones en la ciudad, no podían permanecer todo el tiempo en el campo y sólamente los sábados se reunían con los suyos, para pasar el domingo reunidos.

Esta tarde, después de una suculenta y nutritiva comida, se dispusieron a tomar el paseo cotidiano, nuestros ancianos.

Conversando y discurriendo, se alejaban de la población don Pedro y don Juan, encontrándose a poco en la carretera que conduce a Chircagres, (1) dejando a sus espaldas, el templo de Nuestra Señora de los Angeles. Hacia la izquierda, aquella carretera se bifurca, tomando hacia el sitio deno-

(1) Hoy, San Rafael de Oreamuno.

minado Caravaca, es un camino vecinal que va al poblado de Chircagres.

Dejaron nuestros paseantes la carretera y tomaron este camino vecinal, qua va hacia el norte y luego se dirige al este.

A poco trecho de andar, se encontraron los caballeros, junto a la cruz de piedra, colocada allí hace muchísimos lustros, por la fé cartaginesa.

—Don Pedro, reposemos aquí, en estos sillares, dijo Prado, indicando a su amigo, unos pedruscos que rodeaban el pedestal de la Cruz.

Tomaron asiento en aquellos duros trozos de roca. Los paseantes no pudieron menos de admirar el derroche de bellezas que por doquiera se observaba. No podían haber escogido, para su paseo, una tarde más hermosa que aquella.

* * *

El sol hahía desaparecido detrás de las colinas de Ochomogo, hacia el Oeste, y el valle Oriental donde se alza la ciudad de Cartago, yacia envuelto en una luz azulada, tenuamente gris que bajaba de lo alto. El cielo, de un azul purísimo, salpicado a trechos regulares por copos de nubes doradas; semejaba el hermoso manto de raso azul celeste, bordado de oro que lleva la Virgen María el d[illegible] de la Concepción. Aquella celeste y aúrea com[illegible] sostenida al parecer, por las cuchillas del Ira[illegible] sierra de Talamanca, la cordillera de Cande[illegible] los cerros de Ochomogo, ofrecía el aspect[illegible] enorme palio iluminado por la luz vesperti[illegible]

Después de admirar silenciosamente [illegible] de pronto exclamó don Pedro:

—Qué brisa tan agradable se disfr[illegible] campiña! Qué bien se siente uno aquí, [illegible]

—Observe Ud., decía a su vez el aludido, a nuestro volcán Irazú, qué pequeños somos junto a esa gigantesca mole color turquesa: véalo Ud., qué engalanado está con su túnica azul turquí con tonos dorados y sus encajes de nubes, como pieles de armiño! Apenas puede creerse, que tanta belleza se convierta cada centuria, en un verdadero Averno.... Dirija Ud. la vista a su alrededor, todas esas innumerables rocas que nos rodean, fueron arrojadas por él, durante la última erupción que ocurrió el año de 1723. Hace cien años por esta época, recientemente fundada esta ciudad capitolina.

El Irazú, es nuestra Atalaya y el Vesubio Centro Americano, terminó el entusiasta narrador, en tanto que con su diestra señalaba la elevadísima cumbre colocada al setentrión de sus admiradores. Ya ve Ud., esa hermosísima cumbre, de la cual se divisan los dos océanos que bañan a Costa Rica, y casi en su totalidad todo el territorio costarricense; pues bien, en aquella época, fué el terror y el espanto de los pocos habitantes de este valle. Según nos refiere la historia, ellos creían que era el Juicio Final, tal era la erupción del coloso.

—Eso sería espantosamente admirable, dijo del Corral y agregó: En verdad Costa Rica es un país maravilloso: qué paisajes tan soberbios por doquie-[illegible]! ¡qué panoramas tan admirables! y.... qué exhu-[illegible]ncia y fertilidad de suelo!... Estoy encantado en [illegible]i no fuese por mi amor a la vieja España, [illegible]daría aquí hasta el fin de mis días....

[illegible]es yo, aquí he formado mi hogar, contes-[illegible]y amo este suelo, como natal y por esta [illegible] con los disturbios políticos, que de vez [illegible]entorpecen el adelanto del país. Hace [illegible] años se independizó de España, pero [illegible] para este acto de tanta trascendencia,

no ocurrió nada grave en lo político. Costa Rica, se separó de su madre, como un hijo a su mayor edad, se separa del hogar para fundar el suyo y trabajar independientemente: sin disgustos, discordias ni opresiones.

Estos últimos disturbios son cuestiones internacionales. Sobre todo, Méjico se mezcla en este asunto. Iturbide, pretende el Gobierno Imperial en aquel país, y en el nuestro tenemos dos provincias que acuerpan este régimen y están de acuerdo con los imperialistas de allá. En cambio tenemos las provincias de San José y Alajuela que son republicanas. Esta es la causa de la discordia y el malestar que reina en esta incipiente república. Los republicanos, son más numerosos y no es raro que triunfen, y si así sucediese Cartago perderá su soberanía actual. Esta ciudad y Heredia juntas, tienen menor número de habitantes que las provincias republícanas y si éstas vencen nos llevarán la capital a San José.

—Vaya, vaya, don Juan, es curioso! Yo, que vine de España, huyendo de la opresión oprobiosa, por la cual atraviesa aquel reino y vengo a presenciar quizá una guerra civil.... mire Ud., que es curioso lo que me ocurre, dijo del Corral.

—El mundo no se arregla, don Pedro, han olvidado los hombres, los preceptos del Mártir del Gólgota; nada de amor cristiano; nada de fraternidad; se acribillan, se destruyen unos a los otros y, vea Ud. esta cruz, esta enseña del cristianismo; si aquí se encontraran estos mal avenidos hermanos, aquí, a su pie, olvidándolo todo, trabarían combate. Créalo Ud. mi amigo.... no adelantan nada en este sentido.

—Tiene Ud. sobrada razón. Creo que la guerra, es uno de los actos más abominables que eje-

cutan los hombres. Eso de llevar a morir a tantos inocentes.... dejar tantas viudas y huérfanos, que más tarde pueden ser degradados, por no tener la mano robusta de un padre, que les guie en las borrascas de la vida! Qué responsabilidad moral no asume quien precipita los pueblos a ese acto de barbarie, propio de los tiempos vandálicos! Eso está reñido con la civilización y sobre todo, con el Cristianismo. Y, diga Ud., ahora que hablamos de ello: qué significa esta Cruz en este apartado sitio? preguntó del Corral.

* * *

Escuche Ud. las leyendas que se refieren a esta Cruz, a su erección en este pasaje solitario: son dos ellas. Oiga Ud., mi amigo. La primera, se refiere a la invasión de los zambos-mosquitos: indígenas de las costas atlánticas de Nicaragua. Solían llegar esos indios, a nuestro valle de Matina, llevándose toda la cosecha de cacao, que allí se cultiva en gran escala, y nuestro factor principal de la riqueza comercial de Costa Rica. No sólo llevaban el cacao, sino que tomaban como prisioneros a los «matineros» o sean los trabajadores de esas fincas, para hacerlos esclavos.

El año de 1724, llegaron algunos centenares de estos indígenas, capitaneados por sus Jefes, los piratas Anibel y Peter. Desvastaron los cacootales y llevaron gran número de prisioneros. Los cartagineses capitolinos considerándose mal pertrechados para una invasión y siendo muy escaso el número de habitantes, resolvieron escudarse con la fé, y colocaron esta Cruz como baluarte contra el enemigo: éste, se retiró del país sin venir al interior. Esta es una versión. He aquí la segunda:

Esta leyenda, parece tener más veracidad.

En el vecino pueblo de Chircagres, se desarrolló una fiebre maligna que de diario mataba las personas por docenas. En vista de la mortalidad, en poblado tan cercano a Cartago, y temerosos de que llegara hasta esta ciudad la epidemia, pusieron, llenos de fé, esta enseña del Cristianismo para detener la peste. Se llama Cruz de Caravaca; por ser este nombre el dado a este lugar.

—Don Juan, y la fiebre se detuvo? preguntó don Pedro.

—Así parece; pues la historia no registra que la ciudad haya sido asolada por ese flagelo. Ambas leyendas van a un mismo fin: la fé. Los habitantes de esta población cartaginesa han sido siempre muy creyentes. Cuando el 23, el Irazú hizo su terrible erupción, en vez de huir y ponerse a salvo, pasaron aquellos días dentro de los templos, orando y rogando al Cielo apaciguase el volcán. Por esta época gobernaba el país el Sr. de la Haya, y en vista de las convulsiones sísmicas, mandó traer a la Virgen de Ujarraz, y él, con cien hombres salió a tributarle homenaje a ver si la milagrosa imagen conseguía apaciguar la furia del volcán. Pero estaba de Dios, que Cartago debía ser destruída y así fué: Cartagó quedó en escombros.

El toque de un clarín y el redoble del tambor, cortó la conversación de los interlocutores, levantándose de sus originales asientos, se dirigieron hacia la carretera cercana.

***

Pocos minutos después apareció a la vista de los caballeros un grupo de soldados que, comandados por un oficial, marchaban al compás del re-

doble del tambor. Amigo, el movimiento revolucionario se precipita, estos soldados me lo indican. No creí que fuese tan pronto. Este traerá grandes reformas políticas. De un momento a otro, estallará la revolución. Estos jóvenes reclutados en Chircagres y otros pueblos de la provincia, formarán las tropas que, engrosadas con los soldados heredianos, harán frente a los republicanos aliados: josefinos y alajuelenses. Oh! qué desgracia, para esta naciente República, terminó Prado.

La carrera precipitada de caballería, hizo a los peninsulares, dirigir sus miradas hacia el este; por allí, por la carretera avanzaban dos ginetes.

Uno de ellos, rayano ya en la vejez y otro de mediana edad, cabalgaban en sendos brutos y se dirigían a la ciudad, en pos de la tropa que no ha mucho tiempo les precedía.

—Quién es ese anciano tan respetable que acaba de pasar por la carretera? preguntó don Pedro.

—El General don Diego Beltrán. El mejor militar de nuestro pequeño ejército. Es todo un caballero: el que le acompaña es su criado Roque.

No me queda ninguna duda acerca del ataque revolucionario. Probablemente, ha sido llamado el General, al Cuartel, pues de otra manera, no habría dejado su finca en Retes, en la cual pasa la mayor parte del año. Cuando Ud. llegó, don Pedro, ya él hacía tres meses que había partido a sus propiedades.

Posiblemente ha sido llamado para organizar las tropas. Si ésto es así, cómo estará doña Elvira? terminó aquel.

Es acaso su esposa, doña Elvira? dijo del Corral.

—No. Es su hija, huérfana de madre al nacer. La joven más bella de Cartago, pero también la más infeliz.

—Siendo tan bella? arguyó don Pedro.

—Salvo algunas excepciones, generalmente es el patrimonio de las bellas: ser infelices en todo sentido. Esta joven ama apasionadamente a don Lope Rivera, galán de origen Panameño. Vino a Cartago, conoció a doña Elvira y se prendó de su hermosura; está perdidamente enamorado de ella. Don Diego, padre de la joven, le odia a pesar de que él aparenta ser de buena posición social y rico, pues derrocha el dinero a manos llenas, dijo don Juan.

—Y, es rico el General? A veces los ricos tienen sus caprichos.

—Si, es rico. No creo que obedezca a capricho la aversión que profesa a Rivera. El General, es bueno, amable y caritativo y sobre todo, franco. Otra es la causa, sin duda. En cambio, la niña, le adora y a pesar de la prohibición de su padre, ellos se buscan y se ven. Esas entrevistas se efectúan por estos apartados parajes; bien es cierto, que ella se hace acompañar por su aya Agueda, solterona que ha criado a la niña. Ella, les deja conversar y pasear por este solitario campo. Hace mal en ello, pues no ignora que don Diego detesta a Lope, pero ella tiene tal ceguedad por «su niña», como la llama, que atropella por todo por complacerla.

—Opino con Ud. don Juan, esa rodrigona perjudica a la señorita Beltrán, si yo fuese su padre, ya la habría separado de su lado. Esa señora Agueda, tiene carácter débil, y no es lo más a propósito para cuidar a una joven, una solterona: o saben demasiado de la vida o lo ignoran todo.

—Creo que si el señor Beltrán, supiera lo que sucede, pondría remedio al mal, pero él ignora todo. Pasa casi toda su vida en sus propiedades rurales. Tiene confianza ciega en Agueda y le ha entrega-

do su hija. Bien es cierto que no tiene motivos para creerla infiel, siendo ella, miembro de una distinguida familia que cultivó buenas relaciones con la de Beltrán. Agueda, es el último vástago de esa extinguida familia y ha vivido largos años en aquel hogar, siendo una buena amiga de la esposa del General, éste, la considera una santa y tiene fé en ella.

—Es en verdad una lástima, amigo Prado, que ocurran estas cosas en la vida, pero de otra manera, no sería éste el mundo de pruebas y vicisitudes en que estamos sujetos a vivir, y a vivir en completa lucha con el mal. Guay, del que se desvíe del sendero del bien! Los que vamos terminando nuestras vidas, podemos ser buenos jueces de ello.

* * *

Distrajo la conversación de los sentenciosos caballeros, la presencia de un niño campesino, que, con un paquete en la mano, corría hacia Chircagres. El niño, parecía fatigado y en su rostro se leía la incertidumbre. Don Juan, siempre bondadoso con sus semejantes y solícito para ejercer alguna buena obra, interrogó al menor sobre la causa de su angustia.

—Ocurre algo, niño, que noto tu sobresalto? Qué pasa en la ciudad?

—Si señor: toda la gente está en la calle, ni qué procesión de la Virgen!... Si viera Ud!...

—Y a dónde vas tan a la carrera? insistió aquel.

—Vea señor: esta mañana bajamos a la *suidá*, mi *tata* venía a hacer unos negocios y a *mercar* unos remedios *pa* la chiquita, que está enferma. Cuando salíamos de la botica, un cabo *agarró* a

tata y lo *jaló pal* cuartel. *Antonces* él me dijo: «*andá* José, *llévale* las *medecinas* a tu *mama* y *icile* que me *agarraron pal* cuartel». Yo cojí los remedios y me las *menié* a la *pura carrera*, *pallá boy*, contestó el chico.

—De dónde eres, José?

—Somos de la Puebla, no me ve tan *renegrido?* Pero *dende* que se dijo *quiba a ber* guerra, nos fuimos *pa* Chircagres *onde* mi tía *Jilumena*.

—Cómo se llaman tus padres?

—Mi *tata*, José Castro y mi *mamá* María Gómez.

—Y tu quisieras ir a la guerra, José?

—Yo? Si señor. Si *juera* grande como tatá si *iba*, pero apenas tengo diez años y no aguanto el *jusil*.

No pudieron menos, los amigos, de sonreir al escuchar la contestación del futuro soldado.

—Vete, hijo mío, gracias por tus noticias, vé, avisa a tu madre y llévale las medicinas. Adiós, muchacho.

Este, tomó nuevamente su carrera, especie de trotecito peculiar del indio y pronto desapareció por un recodo del camino. El crepúsculo vespertino se acentuaba y nuestros conocidos emprendieron el regreso hacia la ciudad.

* * *

Bella noche de luna se preparaba. Esta asomaba ya su disco de plenilunio argentado, detrás del lejano volcán de Térraba y empezaba a brillar entre las sombras crepusculares, que envolvían el valle y los montes.

Marchaban del Corral y Prado, lentamente, conversando sobre los toques de luz occidental, que franjaban el ocaso, como listones policromos de brillantísimos reflejos.

Un embozado, se acercaba, en sentido contrario, á nuestros personajes, pronto se cruzaron, y el desconocido saludó cortesmente con su sombrero de fieltro.

—Quién es este caballero de porte elegante, que nos ha saludado?

—Este, a quien hemos devuelto el saludo, es don Lope Rivera, el panameño, amante de doña Elvira.

—Sabe Ud., don Juan, que esa mirada aviesa que observé en él, inspira antipatía. Ese sujeto, al parecer tan bien parecido, no es simpático.

—Tiene Ud. razón don Pedro, bien parecido lo es y arrogante en demasía. Tiene Ud. razón, esa mirada no es para inspirar confianza; ella es sin duda la causa del odio del General, hacia la persona del panameño. Si doña Elvira, no estuviera tan ciega por él, leería en esa mirada un mundo de malas pasiones y falsedades. Pero, dígaselo Ud! Ella le ama y como niña mimada, ni ve ni oye nada. Sentiría mucho que tuviera que arrepentirse de sus amores.

Presumo que el galán vendrá a verse con ella.

—Noto que llama Ud. a esa niña, «doña Elvira», porqué ese calificativo siendo una señorita?

—Ella misma se ha apodado así; cuando era pequeñita y la preguntaban su nombre, siempre contestaba: «me llamo doña Elvira», de aquí que todo Cartago la denomina con ese nombre.

Al proferir estas palabras los caballeros atravesaban la plazuela de la Ermita de la Virgen de los Angeles.

* * *

Grupos de personas corrían por las calles, implorando la misericordia de Dios y de la Virgen,

implorando al Cielo, por la paz de la ciudad y la tranquilidad de los vecinos.

Grupos de soldados discurrían por aquellas amplias avenidas, gesticulando y conversando entre sí. Todo era movimiento en la población. Se sabía positívamente que los republicanos aliados, venían sobre la capital. Nuestros amigos, no las tenían todas consigo. Aquel movimiento inusitado les inquietaba.

—Cartago, será sitiada por todos lados, decía Prado, creo lo más prudente salir de ella: después será tarde.

Tomemos lo más preciso de nuestra casa y marchemos a Paso Ancho. Ahora todo negocio se suspenderá, así mismo se cerrarán las Oficinas Públicas y establecimientos comerciales. Aprovechemos este desorden para salir de la ciudad cuanto antes. Vamos, pues, don Pedro, sígame Ud. de prisa.

Por los alrededores de la Plaza Principal, tenía don Juan su casa de habitación. Recogieron en ella aquello más preciso, atrancaron sus puertas y ambos sujetos, emprendieron la marcha sobre el mismo camino que poco antes habían recorrido.

Pronto se encontraron fuera de la ciudad beligerante. Para llegar a su finca de «Las Breñas», tenía forzosamente don Juan y su acompañante, que atravesar el pueblo de Chircagres.

A la entrada de la calle principal, encontró a una mujer campesina que les detuvo, para tomar informes respecto al movimiento militar.

—Diga Ud. señor, los soldados podrán verse esta noche? preguntó a los fugitivos.

—No puedo dar a Ud. ninguna noticia, señora. No hemos podido tomar informes, contestó el interrogado.

Yo le *preguntaba* porque *creyba* que Ud. lo

sabía. Es que hoy *jalaron* mi marido, cuando andaba comprando unas *medecinas* en la *suidá*.

—Ah! entonces Ud. es la madre de José? ¿José Castro?

—Si señor. Yo soy la *mama* ¿Ud. le conoce? *Onde* lo *vido?*

—Pues lo vimos esta tarde, cuando venía con las medicinas y estuvimos conversando con él.

—Ah! señor, Dios se lo pague a su Merced, (1) tan sin *argullo*.... que la Virgen les acompañe, terminó aquella mujer, arrebujándose en su rebozo verde-perico a listas y marchando a toda prisa, con sus pies descalzos sobre el desigual camino que conduce a Cartago.

Nuestros personajes continuron su camino llegando a su propiedad a eso de las ocho de la noche.

II

NOCTURNAS

La luna lucía su disco circundado de nubes transparentes, irisadas; seguida y procedida por innumerables estrellas, que adornaban aquel dombo de terciopelo azul obscuro; recorría aquel ancho espacio, indiferente a todo lo que bajo su luz se efectuaba. ¿Qué le importaba a ella, que los costarricenses o ticos se batiesen? ¿Qué se derramara la sangre de esos desavenidos hermanos? Nada. Ella, inmutable y serena, cumplía tranquilamente su misión: poetizar y argentar el mundo; calmar la natu-

(1) Tratamiento dado por el pueblo a los señores ciudadanos.

raleza; hacer desgranar collares de perlas en las linfas de los arroyos, torrentes de plata diluída sobre los lagos y mares; pender diamantes en los pétalos floridos del verjel y dejar caer una lluvia de copos de nieve sobre el follaje esmeraldino de las selvas. Santa Luna! Consuelo de los afligidos y eterno ensueño de los poetas! Reina de la paz y de la belleza, yo te bendigo!

Bajo su luz hermosa, que tiene el dón de embellecer cuando ilumina, nuestra parte moral se afecta directamente: las alegrías se aumentan y los dolores y penas son más profundos. Las penas del alma, se identifican con su luz melancólica, infundiendo en nuestro sér una profunda tristeza, y un deseo del más allá, se despierta en nuestro corazón! Dios, nos ha dado la Luna, como un dón celeste y un bálsamo consolador a nuestro afligido corazón!... Bajo aquella magnífica luz y envuelta en ella, como en un manto plateado, marchaba Lope Rivera.

Realmente don Juan no se equivocaba: Lope iba a una cita de amor.

Llegó al frente de la Cruz de Caravaca, dejó caer su capa y quedó descubierto su cuerpo elegante y esbelto. Su rostro era hermoso, apesar de su mirada aviesa. Su conjunto era simpático e insinuante a la par.

Vestía elegantemente y se leía en toda su persona, el hombre de mundo.

Frisaría los treinta años, estaba en la plenitud de la juventud.

Su porte inquieto y sus miradas centellantes, demostraban el descontento y la preocupación.

De vez en cuando extraía, del bolsillo del gaban una carta, la miraba, guardándola de nuevo. Por fin prorrumpió en una imprecación, diciendo:

—¡No, no se la enseñaré! proferidas estas pa-

labras, resueltamente tomó asiento en uno de los sillares, junto a la cruz y clavó su mirada en el césped del sendero, quedando profundamento absorto en sus ideas. Por una vereda oculta, aparecieron dos sombras, al parecer mujeres, que cautelosamente se dirigían hacia la cruz.

El joven, estaba tan absorto en su meditación que no oyó llegar junto a él las cubiertas damas.

—Lope! susurró una de ellas a su oído.

—Elvira! exclamó el joven extremeciéndose y poniéndose en pie súbitamente. Elvira! Mi amor! continuó estrechándole dulcemente las manos.

—Aquí me tienes Lope, acudo a tu llamamiento, despreciando el frío de la noche y exponiéndose a todo, en una noche como ésta, en que está la ciudad en armas. ¿Que me dices? ¿que deseas de mí? Agueda como de costumbre, me acompaña y viene contra su voluntad, pues teme por mi salud....

—Oh! Elvira mía, cuánto te amo! Te agradezco en el alma qué hayas venido; que hayas acudido a mi cita, y, sobre todo exponiéndote a tomar una enfermedad; aún convaleces de la que pasaste...

—Oh... mi enfermedad!.. Vas acaso a hablarme de nuestro matrimonio? Ya es tiempo, Lope, de que hables a mi padre y, quiera él o nó, debemos unirnos en el lazo matrimonial, dijo la joven con vehemencia, ya sabes cuanto te amo y... oh, Lope! no olvides que mi honor está en tus manos!...

—Elvira, tú eres mi amor, sí, pero todavía no puedo hacerlo... Escucha, te he llamado, para despedirme de tí, contestó el amante.

—¡Despedirte de mí! dijo espantada Elvira, y mi honor? No es posible que partas: no, no, tú no puedes partir, no puedes ser tan cruel!

El manto que cubría su cabeza cayó, dejando descubierto un rostro tan hermoso, como raras veces

se encuentra sobre la tierra. La luz de la luna, blanqueaba aún más aquel cutis alabastrino; rizos negros y sedosos, en desorden caían sobre sus hombros y de allí, como una cascada de azabache, caían casi hasta el suelo, de un encantador desorden; ojos negros, tan bellos, que eran singulares en la capital. Aquella faz, de perfecto perfil y de boca perfectamente modelada imponían admiración. Esbelta y elegante; era en verdad una criatura admirable. En su bellísimo rostro se leía el asombro y el dolor. Lope, la admiraba en silencio. Qué bella era!

—Escucha Elvira, sosiégate. No me voy del país, no, dijo aquel blandamente. Me han nombrado Capitán de la tropa que saldrá mañana para Ochomogo, y, como no sé si las balas enemigas me respetarán, quise darte mi adios. Yo, que todo lo he olvidado por tí había de abandonarte?

—Lope, te creo, ¿pero, me ofreces volver por mi honor apenas se pacifique el país? Temo tanto la llegada de mi padre!.. me parece que va a conocer mi falta.... que horror! profirió la angustiada joven.

—Ya sabes Elvira, que yo no puedo contraer matrimonio así... tan a la ligera... asuntos de familia me la impiden... y... yo... ya tu ves... es necesario esperar un poco mas de tiempo.... en fin... ya veremos, titubeó.

—Porqué vacilas, Lope? Porqué te cortas, te turbas, y titubeas? qué hay? ¿dí? exclamó Elvira.

—Tu eres mi amor Elvira, pero mi amor, no puede evitar las molestias que me causa una carta, que he recibido hoy, de Panamá... En otra ocasión te la mostraré. Vamos tranquilízate y no te mortifiques más.

—Quisiera leer esa carta; podría darte algun consuelo...

—No! Son cosas particulares y nadie podrá ayu-

darme, te lo agradezco, terminó, lanzando un suspiro.

—Ay! Lope, no sé que encuentro en tí que me descorazona y aflije. Tu no me amas... gimió.

—¡Que no te amo dices? Oh! ¿qué no te amo? Tú, que eres el alma de la mía!... no prosigas... me aflijes. Agueda, muda espectadora de aquél idilio, terció en la conversación, interrumpiendo a los amantes y dijo:

—Vamos, hija mía, la noche se enfría y temo te haga mal, puedes recaer y.... sobre todo, temo que con estas revueltas militares llegue de un momento a otro el General.

—Mi padre! Oh! sí, vamonos Agueda. Adios Lope. que el Cielo te acompañe: quedaré rogando a él por tí, dijo la joven estrechando la mano de su prometido.

—Adios, Elvira, adios! Si ruegas al Cielo por mí, ruega que muera, y que muera con honor en el campo de batalla! prorrumpió desesperadamente Rivera.

—No. Que vivas, para bien mío y de mi felicidad. No olvides tu juramento: vuelve y vuelve por mi honra. Suspiró ella, en tanto que envolviéndose en su manto, se alejó seguida de Agueda.

***

Lope, siguió con la mirada a las dos mujeres, que se esfumaban en las sombras de la noche, bajo las frondas.

La luna, en tanto, se enseñoreaba del paisaje, haciendo derroche de luz, al través del follaje y esmaltando los prados con suaves matices, y dando pronunciada obscuridad bajo los copudos árboles. Los montes ricamente engalanados de un azul metálico, eran mudos espectadores de los va y ven,

de aquellos pequeños seres que se movían en sus faldas: de aquellos seres humanos, llenos de pasiones indomables, aun al través de los tiempos.

Las damas, continuaron su marcha hasta perderse de vista detrás de un alto vallado.

Lope, mira el cielo, en són de reto y, con mirada sombría emprendió el camino de la ciudad. Su corazón, era un tumulto de ideas encontradas. Si alguno se le hubiese atravesado a su paso, con ademán hostil, L o p e le hubiera hecho añicos. Cruzaba una crisis terrible: qué maldición pesaba sobre él?

¿Porqué aquellos ademanes y miradas de un loco?

Mientras él marchaba, convertido en un energúmeno, la infelíz Elvira, con el corazón desgarrado y presintiendo nuevas desgracias, marchaba a su hogar, con el alma henchida de tristeza.

—Agueda, decía a su aya, no has notado tú, algo anormal en la conducta de Lope?

—Sí noté algo; pero lo atribuyo al estado de ánimo en que se encuentra, debido a su ingreso al Cuartel. No puede menos de preocuparse. Se juega en este caso la vida, Elvira, y no es cosa agradable por cierto.

—Ojalá sea así. Pero temo sea otra la causa. Estoy sumamente preocupada y temo todo lo malo. ¡Cómo he perdido toda mi alegría y la paz! No me reconozco, yo, que fuì tan felíz, y ahora todo ha huído de mí!.. ¡Dios mío!

Las semillas de abrojos, que incautamente regó en el sendero de su vida, empezaban a brotar bajo sus plantas!

Eran las ocho de la noche, cuando nuestras nocturnas paseantes llegaban a las puertas de su hogar.

* * *

Hacia proximamente media hora, que el General Beltrán y su criado, esperaban en su domicilio.

Don Diego mostró disgusto al saber por la criada, la ausencia de las señoras, en aquella tarde tan agitada y tan impropia para paseo, cuando todo el mundo estaba sobresaltado.

—Mira, Roque, dijo a su doméstico, prepara todo lo necesario para mi aseo personal; estoy cubierto de polvo del camino. Enseguida limpia y arregla mi uniforme y déjalo en mi gabinete.

—Perdone Ud. mi General, se va su merced a viaje?

—Quizá no vuelva de él, amigo mío. Viste aquel Oficial que llegó hoy a Retes? Si? Pues bien era portador de un pliego, en el cual se me llamaba urgentemente al Cuartel.

Debo hacerme cargo, de una sección de las tropas que saldrán mañana a encontrarse con el enemigo, que avanza sobre Cartago.

—Pues qué, ya es la guerra señor? tembló Roque.

—Así parece. Los republicanos aliados, han precipitado el ataque y ya marchan sobre nosotros.

—Ay! don Diego! Si me llevan a mí que haré?. Yo no... atrevería, no, no, arguyó el buen hombre.

—Qué harías? dijo sonriendo el militar, pues portarte como un valiente, ya ves yo, un anciano, y no temo ir.

—Ay! Virgen Santísima! Yo soy valiente, pero para guerras no, tengo así... cierta debilidad ante los fusiles.... y con mis cincuenta años encima.... menos, terminó aquél.

—No temas, Roque, no irás. Creo que habrá bastantes soldados reclutados y, si por acaso te lle-

varan, yo haría que te pusieran en libertad. Has sido un buen ordenanza y me has servido muchos años: debes descansar:

—Dios se lo pague a su merced, dijo:

—Mira si ha llegado Elvira, y dila que me espere aquí, en la sala, y avísame enseguida. Voy a mi habitación, lleva lo que te dije y no tardes.

Ambos interlocutores se internaron en las próximas dependencias de la casa.

* * *

La habitación en que pasó la anterior escena, era amplia y cuadrada. Tenía el pavimento enladrillado con ladrillo de petatillo muy limpio y rojo; las paredes, blanqueadas con cal de concha; en el techo se veían las vigas de buen cedro. Una ventana grande, enrejada por fuera, con barrotes de hierro, daba sobre la calle, de la cual recibía luz la pieza.

El mobiliario, en aquellos tiempos, de moda lujosa, se componía de un estrado o canapé, de cedro tallado y perfectamente pulido por el uso. Hasta una docena de sillas de la misma especie y alineadas contra la pared, mostraba sus duros asientos. Una mesa, grande, también de cedro, como todo el mobiliario, junto a la pared, sustentaba un hermoso camarín (1) en el cual se guardaba una imagen de la Virgen de los Angeles y otras varias imágenes de otros santos. Sendos floreros adornaban la sagrada vitrina, en los cuales lucían sus vistosos colores sendos ramos de flores hechos de cambray y limón fino. Dos ricos candelabros de plata a un lado y otro de la imágen y ademas, una lámpara de aceite que ardía siempre ante la veneranda

(1) Vitrina

imágen de María. En las paredes, lucían otras imágenes de santos en sus respectivos marcos y algunos retratos.

Aquella sala y en aquellos tiempos, era rica y elegante, tanto, como los mejores salones de nuestra época; solo las familias pudientes tenían el privilegio de poseerlas.

Entre los retratos, descollaba el del General, de cuerpo entero. Había sido pintado en Guatemala, hacía veinte años, y que don Diego trajo a su esposa, como regalo de sus viajes. Aquel retrato era una obra de arte.

En la majestuosa fisonomía del General, se leía la nobleza de alma. Frente alta y despejada, ojos grandes, bondadosos y francos, nariz recta; boca correctísima con cierta curva orgullosa le daba aspecto de hombre de caracter pundonoroso. La cabellera y bigotes negros, adornaban el óvalo de su rostro. El uniforme de gala y su porte marcial completaban aquella simpática persona.

Razón sobraba para que Elvira fuese tan hermosa; de aquel sujeto tan distinguido, no podia darse mas que una belleza.

A pesar de contar en el presente momento, el General, veinte años más, todavía conservaba bastante parecido a su efigie.

El cabello ahora era blanco; su frente tenía arrugas, y aspecto triste y melancólico; se leía en sus ojos una pena profunda.

Don Diego, amó con pasión y completa fidelidad a su esposa, doña Elena Vázquez. Esta fué una bellísima joven de la mejor sociedad cartaginesa y elegida para su compañera, por el Sr. Beltrán miembro asi mismo de encopetada familia.

La señorita Vázquez, tenía en su sangre bastante indígena y de allí la fogosidad de caracter que

la caracterizaba. Perfectamente educada, supo moderar su idiosincrasia y formó la felicidad de su esposo durante el tiempo que vivió a su lado.

Diez años después de su matrimonio vino Elvira al mundo, a colmar la ventura de sus padres y completar la dicha de aquel hogar modelo; pero el infortunio, siempre celoso de la felicidad agena se precipitó en el hogar de don Diego y, en pocas horas arrebató la dulce compañera de su vida.

La desesperación del caballero, no tuvo límites y se temió por su vida. La razón pudo vencer aquella inmensa pena y el desgraciado esposo, pudo consagrar su vida a su pequeña hija. El sello de la tristeza se marcó en su rostro y la melancolía cubrió su semblante para siempre...

Agueda, amiga íntima y antigua de la familia, se hizo cargo de la huerfanita y ésta, creció entre aquellos amores; el de su padre y el de su aya. Jamás se contrarió en nada, los deseos de la niña y su voluntad era soberana.

Mimada hasta la exageración y con el caracter impetuoso y ardiente de su madre, sin trabas ni educación sistemática y fuerte, creció Elvira, líbre como los riachuelos que corren mansamente por los prados, hasta que tropiezan a su paso con una valla, la saltan, y se convierten en torrentes desvastadores.

Así sucedió a la niña Beltrán; creció libre y dueña de su albedrío y el primer obstáculo que encontró en su vida, fué la oposición de su padre a sus amores con Lope.

Ella, conoció a Rivera en una "Pasada de la Virgen de Los Angeles" la famosa y legendaria procesión que cada año se repite con más devoción cada vez.

A esta Virgen se le atribuyen grandes milagros. La leyenda nos refiere que fué encontrada, en el

Barrio de los Pardos, por una niña de color, que en una mañanita, fué en busca de agua a un limpísimo manantial que brota bajo una gruesa piedra. El Barrio de los Pardos, (1) es la parte de la ciudad de Cartago, situada al este, y en el residen los esclavos negros, indios y zambos. La niña hija de aquel barrio, encontró sobre la gruesa piedra, una imagen pequeña de piedra, con un niño en brazos: parecía una Virgen.

La mulatita la recogió y llevó a su casa; al día siguiente había desaparecido de allí, encontrándola nuevamente sobre el pedrusco, en donde la encontró. El caso se repitió, y en vista de esto, consultaron al Sr. Cura, éste, llegóse a la fuente y allí estaba la Virgencita, pues lo era, y sobre la piedra en que está la imagen estaba grabada la siguiente leyenda: Soy la Virgen de Los Angeles y les acompañaré hasta el fin del mundo" (2) La fé erigió allí, una Ermita dónde todo el mundo va a venerar a la Reina de Los Angeles. (3) Aquella agua se volvio milagrosa, cura las enfermedades, etc. etc. Allí permaneció la virgen durante muchos años y, se cree que la piedra en la cual se encontró, crece cada año; pues, distribuyendo trocitas para reliquias siempre se conserva del mismo volumen.

Los milagros que hace esta Virgen son notorios: ha curado ciegos, inválidos y hasta cancerosos. Uno de los mas notables, no puedo menos de relatarlo:

Una señora puntareneña, tenía un niño, que a causa de una grave enfermedad quedó paralítico. En vista que la ciencia médica no podía devolverle la salud a su querido hijo, puso su fé en la Reina de Los Angeles. "Llevaré a mi niño al Templo de la

(1) Hoy de los Angeles o la Puebla

(2) Esta es otra de las leyendas.

(3) Hoy el templo no está sobre la piedra.

Virgen, (y lo llevó en brazos desde aqui hasta Cartago) haré una romería a pié." A pesar de que el niño tenía dos años, aquella madre emprendió la marcha con su hijo en brazos. Muchos días tardó en su viaje, pero al fin llegó al Templo. Colocó al pequeño inválido sobre un banco y fué a prosternarse de hinojos ante la Divina Imagen. Llena de fe, pedía la salud para su hijo. De pronto oyó la voz de aquel, a su lado y a la vez le tocaba el hombro con su manita. El milagro estaba hecho. El niño, que no podía moverse, bajó por sus propios pies del banco, yendo a buscar a su madre. Este es uno de los muchos milagros que se registran.

En la Basílica, pueden verse los innumerables exvotos, de oro y plata que han sido ofrecidos a la Virgen, por curaciones efectivas (1) Toda especie de figuras se veían allí: brazos, piernas, cabezas etc. etc. hasta animales y casas.

No solo los costarricenses veneran esta Imagen, tambien los de otros países centroamericanos, tienen fe en ella.

Otras promesas hace èl público; tales como salir de disfraz o bien ayudar a pasar los "Trastos de la Virgen", antes de la "Pasada" de los Angeles a la Parroquia. Esto es una especie de fiesta que, acompañada por la Banda militar, va una especie de procesión, llevando cada cual un objeto perteneciente al Templo de la Virgen: un candelabro, unas cortinas, etc. etc. hasta la Parroquia de la ciudad, esta procesión se efectúa enmedio de la mayor alegría y regocijo.

Al día siguiente despues de los Oficios religiosos de gran solemnidad, sale la Virgen con su valiosisimo manto de oro macizo cuajado de piedras

(1) Todos los exvotos de plata fueron vendidos a peso bruto para acuñarlos como monedas, las cuales han desaparecido del pais.

preciosas. (1) Va sobre una azucena de plata, que a su vez colocan en las andas del mismo metal, cargandola cuatro sacerdotes en sus hombros.

Delante la Virgen, precediendola, va una gran mascarada presidida por el pueblo que tambien a su vez, sigue en multitud compacta y numerosa, venida de toda la República, a la Virgen.

Toda aquella mascarada, son promesas que se cumplen. Alli se ven en amigable consorcio: moros y cristianos, indios y caballeros, marineros, damas llenas de cintajos, toreros jardineras: caballos y perros naturales, bien adornados de cintas, esto cuando la milagrosa imagen ha salvado algún cuadrúpedo de accidente o enfermedad. (2)

A continuación de los disfraces, viene la Vírgen y la procesión continúa hasta dejar a María en el Templo Parroquial.

En una de estas festividades se conocieron Lope y Elvira. Desde aquel día, el mozo, fue la sombra de la señorita Beltrán. Era tal la asiduidad del mancebo, que el padre de Elvira lo notó, y tambien notó, que el joven le evitaba y huía de su presencia.

Don Diego hombre experto, comprendió que Rivera buscaba en su hija un pasatiempo y convencido de la inclinación de su hija hacia el forastero, le habló cariñosamente en esta forma:

—Elvira, hija mía, tienes diez y ocho años apenas, aun puedes permanecer soltera, es menester esperar un poco de tiempo mas para que tomes estado. He notado, hija mía, que ese jóven panameño, te sigue a todas partes. Ese mozo busca en ti, una simple distracción y no una esposa. Si él te amara, ya

---

(1) Este manto fué robado.

(2) Esta mascarada fué suprimida en los últimos años. Fué suprimida por orden episcopal

habría hablado o por lo menos se habría hecho presentar, pero nada de éso. Yo noto que huye de mi presencia y evita que le vea rondar la casa. Es un hombre casi desconocido, y nada buueno puede esperarse del hombre que huye del padre de la mujer que pretende hacer su esposa. Yo, no me opongo a que tomes estado; pero sí deseo y necesito saber quien es el hombre que desea tomar a mi hija por esposa. Yo, como tu padre, te ruego, te mando y hasta te ordeno que evites a ese hombre; ese hombre no es un caballero y por lo tanto es falso y traidor. ¿Me obedecerás Elvira? terminó. Ella toda confusa y con la pasividad que en aquellos tiempos reinaba entre las niñas, ofreció obedecer a su padre.

El Sr. Beltrán habia hablado y ordenado, nada mas habia que hacer ni decir. El buen señor creyó, que sería obedecido y no volvió a mencionar el asunto.

Elvira, presa del amor y mal aconsejada por el galán pretendiente, se exasperó con la prohibición de su padre y ya no fué deseo de ver a su pretendiente, síno un capricho el conversar y verse con Lope. "Basta que se lo prohibiera para hacerlo" he aquí la educación moral de algunas niñas.

Agueda, débil, confiada e ignorante de la perversidad humana, se dejó convencer por los amantes y tácitamente contribuía a la ruina y perdición de los dos: sobre todo de su niña.

Sucedió lo que sucede y sucederá a las niñas mimadas y voluntariosas, que ven el capricho como una prueba de valor y de talento, las cuales no tienen en verdad, ninguna educación moral; esas niñas desobedientes, que desoyen y desprecian los prudentes y sabios consejos de sus padres y van a su ruina con una venda sobre los ojos. Siendo Elvira una de estas señoritas y guiada por su pérfido

amante, cayó y cayó en el abismo, del que nunca sale pura una mujer. Su carácter fogoso e indomable lo precipitó al abismo, en el cual dejo su honra, su virtud, su honor, quedando mancilladas las honorables canas del autor de sus días.

Grande fué la tribulación de Agueda, doncella recatada y profundamente religiosa, cuando fué avisada por Elvira, que sería madre dentro de poco tiempo. Por consejo suyo, avisó a Lope y éste de acuerdo con aquellas, esperó el resultado, para recoger el fruto de su locura...

Al principiar esta narración, hacía próximamente dos meses que Agueda, había entregado a Lope una niña, que vino al mundo en el mayor sigilo y estando el General en su finca de Retes. Aquel tremendo drama, quedó en secreto y el público no se dió cuenta de lo sucedido, ni aun los mismos servidores de la casa de Beltrán.

Elvira, tuvo fiebre despues de dar a luz y ésta vino a servir de pretéxto para guardar cama.

Cuando la joven recobró la salud, y vió ante sí lo monstruoso de su conducta y la ingratitud hacia su bondadoso padre, lloró amargamente su falta. Ay! los abrojos habían florecido y las espinas se habían clavado en su corazon!

De su ánimo se apoderó el espanto: Si Lope faltaba a su palabra empeñada? oh! aquello sería terrible!

Ya le hemos visto expresarse ante él, al pié de la Cruz de Caravaca, en aquella noche aciaga para la ciudad de Cartago.

Su padre no la había visto, hacía mucho tiempo. Ahora se presentaba para ella un dilema tremendo: la vista de su padre. Mientras marchaban a su hogar, decía a su compañera:

—¡Qué desgracia tan grande es tener la concien-

cia manchada! Cuando tuve yo, miedo a mi padre? Hoy le temo y me horroriza pensar que ya no podrá besar mi frente pura, como antes...¡ Oh! si él supiera, me maldeciría...

—No pienses en eso, Elvira, serénate, ¿que hemos de hacer? Procura tranquilizarte, lo notará tu Señor Padre.

Divagando así, llegaron a su casa. No bien traspusieron el umbral de su hogar, salió a recibirlas Roque, manifestando a la señorita Beltrán, el deseo del General; cumplido su cometido se retiró.

—Lo ves Agueda? mi padre a venido y desea verme; talvez esté enterado de todo y a venido sin previo aviso. ¡Oh, Dios mío! Temo tanto la vista de mi padre! No sé que hacer, pronto empieza la expiación de mi culpa! ¡Ay! Agueda! sollozó la infeliz.

—Cálmate; déjame a mi y confía en que nada sabrá, pero tranquilízate porque va a notar tu zozobra. Vamos a la sala y esperémosle. El dirá lo que desea... vamos allá y... valor.

Dichas estas palabras se dirigieron a la sala y esperaron llegara el jefe del hogar.

***

—Elvira, hija mía! profirió el padre entrando y tomando entre sus brazos, cariñosamente, a su hija, que toda confusa exclamó:

—Padre mío; cuantos días sin verle! que alegría que haya regresado ya!

—Y, Ud. mi buena Agueda, como lo pasa?

—Regularmente, don Diego, muy preocupada con este movimiento militar, movimiento inusitado para la pacífica Cartago.

—Ven Elvira, sientate a mi lado: tengo que hablarte. Tiemblas acaso por el temor de perderme? la

preguntó notando que aquella temblaba junto a él y se extremecía a la vez.

Perderle a Ud? porque? ¡Ah! Está Ud. uniformado! Acaso irá Ud?... tartamudeó Elvira.

Sí, querida hija, has adivinado, me voy o mejor dicho me mandan. Escucha. Esta noche debo presentarme al Cuartel, para ponerme al frente de la tropa que se me designe y salir en la madrugada hacia Ochomogo, al encuentro de las enemigas. Elvira palideció intensamente, apenas pudo proferir estas frases:

—Padre mío, padre mío! ¿Ud. a la guerra? Tal vez a morir y dejar a su hija sola en el mundo? ¡Oh! no lo creo... quién me acompañará... quien ¡oh Dios mío! exclamó llorando.

—Cálmate, hija, cálmate. ¡Qué pálida y adelgazada te encuentro... tú has estado enferma.

Elvira, lloraba silenciosamente.

Si Señor General, se apresuró a contestar Agueda, si, estuvo en cama algunos días.

—¿Porque no me avisó Ud. Agueda? Debía haberlo hecho enseguida.

—No fué cosa de cuidado; una fiebre pasajera; quince días de cama nada mas. No hubo necesidad de médico... ya ve Ud... cosa pasajera...

—Cuanto siento tu indisposición, Elvira! Escucha, tengo que hablarte. Si la suerte me es adversa y sucumbo en el combate, en mi cómoda hallarás mi testamento; toma las llaves. Si vuelvo me las devolverás. Y, a Ud. amiga mía, le recomiendo mi hija, lo que mas amo en el mundo ¡qué digo! lo único que amo y tengo sobre la tierra; ámela y cuídela, vele por ella, con celo maternal. Sírvale de escudo y salva guardia.

—Ah! Señor don Diego! Ud. volverá sano y salvo; ya tendremos el gusto de verle nuevamente entre nosotros, contestó la aya.

—Adios, Elvira, adios! dijo el General, levantándose y estrechando a su hija entre sus brazos. Adios. Agueda, continuó estrechando la mano de esta.

—Adios, padre mío! ¡Adios! gritó aquella desgraciada hija, Perdón! para su hija, perdón! decía Elvira arrodillándose a los pies de su padre y dejando correr sus lágrimas.

—Si eres un ángel, hija de mi alma! De qué he de perdonarte adorada hija? Levántate niña agregó alzándola.

—General, a la niña le enloquece pensar en su partida y la idea de perderle a Ud. Elvira, vuelve en ti, no mortifiques a tu padre, la decía Agueda, toda temerosa.

—Perdóneme Ud. padre mío... si en algo le he ofendido... si... yo quiero su perdón... dígame Ud. que me perdona.

Bueno, bueno, estás perdonada. Supongo que tu pecado es el excesivo amor hacia mi.

—Dios mío! Dios mío! que pena tan aguda! ¿Qué hacer?

—Elvira, ten calma, ten valor, deja partir al General, tiene un deber que cumplir, la decía Agueda intranquila.

—Si; adios, adios! y se dirigió a la puerta de la calle el valiente anciano. No bien traspuso aquella, Elvira profirió un horrible grito y se sintió morir, ocultó su rostro en sus manos y lloró amargamente largo rato.

—Y mi padre? ¿dónde está? preguntó a su aya que la contemplaba con tristeza; inculpandose la mayor parte de su pena que sufría "su niña" ¿Porque fui débil, se decía? Oh!.

Se ha marchado ya pobre niña, se ha ido.

—Ah! padre mío! Jamás volveré a verte, no veré mas tu rostro. Esta despedida es eterna... y yo no

le confesé mi falta... ¡qué remordimiento tendré toda mi vida.,. haber manchado aquellas canas venerables... él que es todo honor y dignidad... insensata de mi .

—Pero, ¿porque ha de ser despedida eterna? Muchos vuelven de la guerra, Elvira.

—Agueda, mi padre no volverá, el corazón me lo dice, y este será el principio de mi castigo; el castigo de mi falta! Qué desgraciada soy! Morir mi madre al darme a luz; perder mi honra y ahora a mi bondadoso padre, a mi único apoyo en la tierra. ¿Qué será de mi? Madre mía! llama a tu lado a tu infeliz hija... y tú Agueda, porqué no presumiste que amando a Lope, consumaba mi ruina?

—Escucha Elvira, y no culpes del todo a tu pobre aya. Mi culpa está en haber desobedecido las órdenes del general, tu padre, si, yo debí hacerte obedecer pero ¡te amo tanto! Yo no he sido casada. En mis mejores años, amé un honrado jóven, pero desgraciadamente murió y, en su lecho de muerte juré serle fiel y lo he cumplido; esta es la causa de mi estado de soltera; jamás volví a amar a ningún hombre. Siendo amiga de tus padres y, sin parientes cercanos, quedé al morir los míos, sola y desamparada. Los señores Beltrán, buenos y generosos, viendo mi soledad y desamparo, me invitaron a vivir en su compañía: acepté. Mi vida se ha deslizado tranquila junto a tus honorables padres y, núnca imaginé, que personas que se tildan de caballeros fueran tan viles y bajos como lo es Lope...

—Calla, Agueda, no le insultes! El será mi esposo y no quiero que le juzgues mal... ¿Lo oyes? Es padre de mi hija, y no quiero oir nada en contra suya... Donde estará mi hijita? ¿Lo sabes tú, Agueda? ¡Ay! dime algo de ella... terminó Elvira con desvarío

—Ya sabes la noche que nació, la llevé a la Cruz

de Caravaca, allí me esperaba su padre, se la entregué diciéndole:

Ahí tiene Ud. el fruto de su locura; hágase cargo de él... se mostró contrariado, tomó la niña, la envolvió en su capa, marchándose enseguida sin decir ni una palabra.

—Y... no has sabido nada de ella?

—Nada. No he vuelto a tener noticia de su paradero, contestó la aya.

Unos golpes dados en la puerta de la calle, cortó la conversación de ambas mujeres.

Agueda acudió al llamamiento y poco regresó acompañando a un soldado, de mediana edad, aspecto triste y torva mirada.

—Doña Elvira, dijo, después de saludarla, mi Capitán don Lope Rivera, me encarga que entregue en su propia mano esta carta.

A la vez le entregaba una a la dueña de la casa.

—¡Ah es de Lope ¿Donde esta él? preguntó anhelante y tomando la misiva.

—En estos momentos se prepara para partir en la madrugada, al frente de su compañía; va hacia Ochomogo, contestó.

—Dígale Ud. que no deje de darme noticias suyas y que recibí su carta. Puede Ud. retirarse y gracias, concluyó Elvira, en tanto que rompía el sobre.

—Oye, Agueda, lo que dice Lope, díjola, cuando aquella regresó de despedir el ordenanza mensajero. Escucha.

"Inolvidable Elvira: en esta madrugada saldremos formados, a la lucha. Hemos recibido aviso que la tropas aliadas han salido de San José. Nos apresuramos a partir para ocupar mejor posición estratéjica que el enemigo.

A don Diego, le ví; siempre respetable y se-

vero; irá al frente de las tropas.

Debo darte alguna noticia de nuestra hijita. La tiene una buena mujer, muy pobre. Yo le entregué dinero suficiente para los gastos de un año, pensé ir a verla, antes de partir, pero me fué imposible hacerlo.

Si vuelvo de la guerra, le diré el nombre de la nodriza que la cría y el sitio en que reside.

Adios amada mía, espero que nos veamos nuevamente".

Tuyo para siempre

Lope."

—Otra pena más, dijo ella, terminando la lectura de la carta, si Lope no vuelve perderé a mi niña ¿quién me dirá dónde se halla? Solamente lo sabe él. Dios, le conceda vida para nuestro bien, terminó.

—Elvira, vamos a descansar; se ha hecho muy tarde.

Hemos pasado horas muy tristes, vamos a descansar dijo el aya.

—Descansar ¿preguntó Elvira. El descanso es el premio de los buenos; yo no descansaré en tanto no pueda enmendar mi falta.

La paz ha huído de mi corazón; la paz del alma ha desaparecido y el reposo no llega. Soy una hija desobediente y no merezco paz, la bendita paz, que he perdido por mi carácter caprichoso y soberbio. Justo castigo tengo.

—Pues bien: si no a descansar, vamos a nuestras habitaciones, hasta el nuevo día, concluyó Agueda.

***

En tanto que aquellas mujeres, sumían su morada en tinieblas; tinieblas menos densas que las que cubrían sus almas, el mozo enviado por Rivera,

regresaba nuevamente al cuartel a dar cuenta de su embajada.

Lope, se encontraba en su departamento y allí fué a buscarle el soldado.

—Mi Capitán ¡díjole cuadrándose ante él.

—Hola! ya estás de vuelta ¿que ocurre? ¿viste a doña Elvira? preguntó con solicitud.

—Sí, Capitán, la ví y me dijo que dijera a su *mercé,* que no deje de enviarle noticias suyas.

—Y . . . . está triste la señora, Bernardo? dijo a su asistente,

—Oh¡ Señor, muy triste. Creo que ha llorado mucho, así parece.

Lope, lanzó un suspiro, que semejaba un rugido.

—Oye, Bernardo, como es imposible dormir, pasaremos la noche juntos. Tengo que recomendarte algo y ahora que estamos solos, te lo diré. Siéntate. Obedeció el soldado y su Capitàn conversó con él, dos horas largas, terminando aquella conferencia, con estas palabras:

—Estás enterado de todo. Si muero en este encuentro de mañana, no olvides nada de lo recomendado. No olvides a doña Elvira ni a mi hijita.

—Si señor: no ovidaré nada y cumpliré lo que su merced me manda; todo lo que me ha dicho respecto a la familia del General Beltrán, y sobre todo de doña Elvira, no lo olvidaré. Lope, había hecho una sucinta narración de sus amores, a su ordenanza y dado sus órdenes póstumas.

—Ud. Capitán Rivera, hace más falta que yo en el mundo . . . . a mi nadie me ama . . . . nadie me espera ni hago falta a ningún ser. Si ha de morir alguno de los dos, que sea yo, mi vida es bien triste y desesperada, suspiró.

—Porqué deseas morir? Tanto te pesa la vida, Bernardo?

—Si Ud. supiera mi historia; comprendería que tengo razón para desear la muerte. Yo podría fácilmente, poner a Ud. al tanto de mis penas, si me lo permite.

—Todos tenemos desgracias que lamentar, Bernardo, cuéntame tus penas, quizá no sea irremediable el mal que te aflije.

—Señor: hace dos años me encontró su merced, sentado en el borde de la acera, junto a la Parroquia. Allí estaba solo, abandonado y sin hogar. Tengo familia y casa en qué vivir y además algunos bienes de fortuna, que bastan para mantener a mi familia. Ud., al verme tan triste y abatido, me habló y me llevó consigo de calidad de sirviente. Con Ud. he vivido con holgura y bienestar, gracias a su generosidad . . . .

—Si, bien lo recuerdo, yo necesitaba un criado y al interrogarte, y decirme, tú, que eras solo en el mundo, creí encontrar la persona que buscaba y sobre todo, desconocida en Cartago. Luego de tratarte, comprendí que me comvenías y . . . . yà ves, aún estás a mi lado. Continúa tu narración.

—Yo, continuó Bernardo, soy casado hace treinta años, y en mi matrimonio tuve tres hijos: dos varones y una niña. Vivíamos muy felíces en nuestro pueblo, vecino y distrito de Villa Hermosa (1) Nuestra casita, un trozo de tierra, mis vacas y aves de corral nos daban conque vivir. Además si a esto se agrega un trapiche de bueyes y un cañaveral, comprenderá Ud. señor, que no la pasaría mal. Ahora todo lo he perdido.

Tuve la desgracia de nacer con mal carácter. Mi pobre y santa madre no fué capáz de dominarlo, necesitaba una mano fuerte, pero no la tenía. Mi padre había muerto siendo yo, aún muy niño y mi

(1) Hoy Alajuela

madre viuda y con hijos pequeños, no pudo emplear conmigo toda su energía. Crecí, pués, con aquél carácter indómito, intransigente y suspicaz. "Bernardo, me decía mi madre, modérate, vas ha ser desgraciado en tu vida, como lo han sido todos tus parientes Vallarinos, por su mal carácter". Yo me reía de la advertencia maternal, cuando ella murió, contraje matrimonio y mi eposa también se quejó de mal genio; todo me producía ira y era violento en demasía, no pasaba un día, sin que hubiese gresca en casa, por cualquier insignificante motivo, ya estaba yo regañando. Mi esposa Dolores, sufría lo que no es decible conmigo. Pasó el tiempo, y nacieron y crecieron nuestros hijos. Los muchachos fueron valientes y trabajadores; eran guapos y fuertes.

Lola, la niña, era un primor, no sólo por bonita sino por hacendosa y casera. Tanto su madre, como yo, no encontrabamos un marido para ella, entre tantos pretendientes que tenía. Entre estos, había uno, que reunía muchas y muy buenas cualidades, sobre todo, era honrado y trabajador. Con mi carácter tampoco lo encontré bueno para mi Lola. Dolores, mi mujer, me hacía observar que el muchacho era bueno y que Lola le amaba a su vez. Yo había dicho "no", por ésto no atendía razones y llegué a obcecarme de tal manera que juré si aquellos amores seguían, dar un escándalo.

La pobre Lola, hija buena y obediente, en vista de mi disgusto me dió su palabra de no contraer matrimonio contra mi voluntad, ¡pobrecilla cómo me obedecía!

No sé en qué consiste que, cuando la desgracia quiere herirnos, nos cérca y nos acorrala. Oiga Ud. como fué aquello, y dirá si me equivoco en mi creencia.

Unos apreciados vecinos tenían una "*vela*", y

fuímos invitados a ella. Fuimos todos: mi esposa mis hijos y yo. Estuvimos muy contentos: se rezó se cenó y por fin, los jóvenes dispusieron bailar. Concho Parra, el pretendiente de mi hija, no estaba allí, pero poco antes de principiar el baile llegó. No se hablaron, ellos sabían mi oposición, pero cuando principió la música, fué el muchacho a citar a Lola, ésta probablemente, con el entusiasmo, olvidó mi amenaza y salió a bailar con su prometido.

Yo me sentí humillado y atropellado el respeto paternal. Salí al corredor y como un facineroso, me aposte en un rincón obscuro, allí oculto con el revólver en la mano, esperé. Había cesado la música y los bailarines salían al corredor, a descansar. A poco salió Concho, no iba sólo, otros le seguían; ciégo, frenético y rabioso al verle, disparé el arma sobre él y huí cobardemente, ví caer un cuerpo y las voces de varias personas que gritaban: Concho ¡ Concho ! Comprendí que no había errado el tíro, y despejada ya mi cabeza, alcancé a medir mi falta y mi crimen. Corrì toda la noche al azar, como un loco.

—Oh! Bernardo! qué violencia, interrumpió el Capitán.

—Si señor; una violencia imperdonable que ha arruinado toda mi vida, y de la cual nunca dejaré de arrepentirme. Huí toda la noche, y al amanecer me encontré muy lejos de Villa Hermosa. Temeroso de ser perseguido, continué mi fuga durante varios días y me interné en los bosques de Vara Blanca. Allí permanecí durante siete años, haciendo vida de cenobita y con el alma lacerada por el remordimiento.

Hace tres años regresé a mi pueblo y lo primero que se presentó a mi vista fué Concho Parra, llevando en los brazos un niño y acompañado de

Lola, mi hija. Ellos no me reconocieron; he cambiado bastante mi fisonomía, tanto que soy otro de lo que fuí.

Entré en mi casa. Encontré a Dolores convertida en una anciana y sumamente triste, sin saludarla aún, le dije:

No fué Concho el muerto?

—No, Bernardo, no fué Concho, el muerto; fué Ñor Cósme Redondo, el rezador, nuestro buen amigo y compadre, a él fué el que matáste aquella noche.

Quedé pasmado ante aquella revelación.

—Y los muchachos y Lola ¿pregunté,

—Los muchachos se han casado y viven bien. Lola, se casó con su novio Concho; quién había de quererla, con más cariño que él? Es tan bueno y la ama tanto! Tienen un chiquito, contestó con piedad mi mujer.

—Cómo *sabés* que yo tiré a Concho ¿pregunté

—Yo te ví tirar. Como conocía bien tu genio, me fuí detrás de *bos*, temiendo alguna cosa mala y, así fué. Yo te vì tirar, pero nunca lo he dicho a nadie. La gente creé que fuistes *bos*, porque como te luistes del barrio, aquella noche y sin decir nada, lo creén así tódos. Como estás ahora nadie te conoce.

—*Mirá* Dolores, yo vengo a juntarme con *bos* y a vivir como antes.

—No Bernardo: Ñor Cósme está muerto, entre nosotros, estamos separados para siempre. Yo no puedo vivir con un hombre de tu genio y mal carácter. Yo tengo con qué vivir, cuando me casé, traje a casa mi herencia. Los muchachos me la manejan. *podés* irte donde estabas. Es mejor para los dos, hacerlo así, ya estoy vieja para sufrir más . . . . así habló mi esposa.

Yo, cabizbajo y triste salí de mi casa.

Fuí a ver el Cura del pueblo hice confesión y pedí consejo.

—Ese es un caso de conciencia. Su esposa le teme y no se le puede obligar a vivir con Ud., me contestó.

Fuí a Villa Hermosa, consulté con un abogado y me contestó lo siguiente;

—Amigo, en mis libros no se registra un caso análogo. Se ve que su esposa ya no lo ama y no hay que culparla. Ud. ha sido ingrato con ella y con sus hijos. Nada puedo aconsejarle. Quizás hablando Ud. con ella. . . . ,

—Ella no quiere nada conmigo, interrumpí, ya le he hablado.

—Entónces amigo, no le queda más remedio que acudír a la religión, díjo.

—También lo he hecho y nada pude conseguir.

—No le queda más remedio que conformarse con su suerte.

Ud. ha sembrado abrojos y ahora sus flores le pican el corazón.

Nada podemos hacer.

Salí del buféte del abogado sin esperánza alguna y caminé a la ventura. Al día siguiente me encontré en Cartago, sin dinero, sin hogar, sin familia y sin comer.

Cuando Ud. me encontró, estaba descansando de la jornada que había hecho la noche anterior y todo aquel dìa.

Dìgame Ud. Capitán, si tengo razón en decír que merezco la muerte? Tendré que vivir siempre sólo y sin hogar. Yo tengo la culpa!

—Tanto tú como yo, viviremos hasta que llegue nuestra hora de morír y ésta no llegará ni un minuto antes ni después del día llegado. Si nos salvamos de la guerra, yo iré a Villa Hermosa y hablaré a

tu esposa, quizá consiga que te perdone y vuelva a tí. Una mujer buena siempre perdona y la tuya lo es.

—Qué si lo es? Buena? Vaya que si lo es! ¡cómo me amaba! Ojalá Ud. la conociera, por que mi vida es un tormento. ¡Pobre Dolores! terminó el soldado tristemente.

—Ya veremos éso. Ya sabes mi triste historia de amor, soy más infelíz que tú. Si muero, vivirás para servir y ayudar a doña Elvira y a mi pequeña hija, Bernardo.

—Si, mi Capitán, se lo juro a Ud., contestó el soldado.

El toque del clarín llamó a los Jefes y soldados, las tropas ya listas, se preparaban a marchar. Todo era movimiento en el Cuartel.

III

ALBORES

Las tropas salieron aquella madrugada, en los primeros albores del día 5 de Abríl de 1823. Durante todo este día y la noche siguiente nadie supo en la ciudad, lo que ocurría en Ochomogo; sólamente se sabía que las tropas enemigas entre sí, se batían y que aún continuaba el combate.

En la madrugada del día siguiente, llegó a Cartago, un mensajero, con un pliego para el Padre Quintana, sacerdote encargado por los cartaginéses; al cual se le atribuyen varias profecías; y Cura de la Parroquia.

Este venerable sacerdote, enterado del contenido del mensaje, convocó sus feligreses al templo, hablándoles en estos términos:

"Hermanos míos: hoy se derrama en Costa Rica, la primera sangre fraticida. En la madrugada de ayer 5 de Abril, se han encontrado estos desavenidos hermanos, en el Alto de Ochomogo y allí derraman su sangre. Entremos al templo, hermanos míos, a rogar a Dios, que cese el combate y vuelva la paz a nuestra querida Patria; roguemos a Dios, por los vivos y los que hayan sucumbido en la pelea. Seguidme al Templo." (1)

---

(1) Algunos historiadores cuentan, que el Padre Quintana, con el Crucifico en la mano, corría entre los combatientes exhortandoles a la paz.—Lo descrito por mí, me fué referido por un honorable anciano, rayano al siglo y muerto recientemente en Cartago.

El pueblo en masa, siguió a su pastor de almas al sagrado recinto.

El inteligente prelado, según nos refiere la historia, enterado por el mensaje, que las tropas cartaginesas habían sido derrotadas, se rogaba al Sr. Cura que apaciguase los ánimos, porque de un momento a otro, entrarían en Cartago los vencedores.

El Sacerdote Quintana, en vista de una resistencia inútil y de un derrame de sangre sin objeto, optó por reunir sus ovejas, y llevarlas al redil. No quedaba otro recurso.

En tanto que en el Templo, se oficiaban los rezos, las tropas invadían la ciudad, cuajandose de soldados las calles y plazas. Apoderándose de la ciudad los Jefes revolucionarios Quijano y Ramírez, y de su indefensa plaza.

Ambos militares, en traje de Jefes de Caballería, fueron a detenerse en la esquina del Templo Parroquial, en espera de la salida del público.

—Qué encuentro tan soberbio, hemos tenido amigo, decía Quijano, han peleado con denuedo los cartagos!

—Si, hemos ganado, eramos mayor número que ellos. lo que siento son las vidas perdidas, los que han quedado en el campo de batalla. Al General Beltrán le hicieron prisionero, después de herirle gravemente. Quizá haya muerto en el trayecto de Ochomogo a San José; terminó Ramírez.

—Si es así, lo siento. Es todo un caballero y valiente militar. Si se salva será pasado por las armas, como así mismo a todos los militares prisioneros.

—Creo que ahora se terminará esta situación crítica en qué hemos estado. Se fundará la república, marcharemos todos unidos y vendrá el adelanto

del país, terminó Quijano.

—Es una desgracia que casi todos los países, tengan que regar con sangre sus campos, para luego prosperar y surgir. Deseo la paz y la unión de los costarricenses. Cuando noté que el triunfo era nuestro, envié un propio al Padre Quintana, para que influyera en el ánimo del pueblo y suspendieran las hostilidades. La intervención del Padre, nos ha favorecido, ya ve Ud; nos han dejado libre la ciudad y no ha habido obstáculo para tomar posesión de ella, como se temía. Ya estamos aquí, como vencedores y hoy será el último día en que la orgullosa Cartago, se engalane con el título de "Capital". Nosotros la llevaremos y San José será la Capital de Costa Rica! decía Ramírez entusiasmado con su proyecto.

—Ramírez, observe Ud. aquella viejecita que asoma por la esquina, parece que huye. En tanto se acercaba al Templo una anciana septuagenaria, llevando una saya por la cabeza y sobre ésta, un sombrero de palma, según la usanza de (aquellos) tiempos.

Al pasar frente a los militares apresuró el paso.

—Oiga, Nanita, (viejita) porqué va tan de prisa? Díjola Quijano.

—Voy pa la *ilesia*, señor, voy a *priésa juyendo*, contestó.

—Y de quién *jùye?* preguntó él ¿De quién *juye* Nanita?

—*Dese*, ... *dese, dese* que dicen viene a *cojese* a Cartago. *Dese* maldito Quijano; contestó ella.

—Vaya enhora mala la vieja, yo soy Quijano! y a la vez fustigó a la vieja con el látigo que llevaba en la mano. (1)

(1) Es histórico. El pueblo decía antes "quijano" por grosero, bruto, ruín etc. etc.

—Ave María purísima! exclamó la viejecita entrando en el Templo.

Sonrió Ramírez diciendo:

—Vaya si le temen a Ud. Quijano! Ejemplo; la vieja. Recorramos la ciudad en tanto clarea el día.

El sol oculto aún, enviaba una corona de rayos de luz hacia el cénit. Las montañas de un azul purísimo, circundaban aquel valle de eterna verdura, y una tenue neblina envolvía la ciudad.

Los militares y soldados, recorrían aquellas amplias calles, frescas y rectas, que siempre han sido el mejor ornato de aquella población.

Los oficios religiosos, habian terminado y las gentes se dirigían a sus casas, notándose en todos los semblantes la tristeza y el descontento; nadie osó alzar la voz de protesta; el Padre Quintana, había hablado; así "convenía" a los Cartagos y Dios lo quería así. Había que resignarse a la voluntad del Supremo Hacedor, El había dispuesto que Cartago, perdiese la soberanía y, ¿que había de hacerse? Santa fé!

Elvira y Agueda también fueron a oir su misa de a diario y regresaban a su domicilio. La casa del General, se encontraba ubicada en la esquina pararela al Templo Parroquial, al llegar ellas a su hogar, salióles al encuentro un soldado y entregando a Agueda una carta, se retiró enseguida. Aquel soldado no era Bernardo, éste había sido muerto en la batalla...

***

—Elvira, una carta para tí, díjola el aya, en tanto se la entregaba.

—Entremos, Agueda, y veamos que nuevas nos trae. Estoy tan abatida, que no podré leerla, léela tú. Entremos en casa.

Dejóse caer la jóven sobre el estrado e invitó a

su anciana compañera a leer aquella carta, lo cual hizo su haya.

—"Inolvidable Elvira: después de varias horas de combate, fuímos derrotados. Muertos y heridos han quedado en el campo de batalla. Los que sobrevivimos estamos prisioneros; los unos en el Cuartel de Cartago y los otros han sido llevados a San José.

Al General don Diego, no lo he visto.

A mí, me han notificado mi destierro de Costa Rica, como extranjero pernicioso, pues no debí inmiscuirme en en su política ni hacer armas contra los hijos del país.

Esta noche, sobornaré a mi centinela y disfrazado iré a verte y hablaremos de nuestra hijita y . . . a darte mi último adios!

Esta noche, estará la ciudad ocupada por los soldados y podré pasar inadvertído entre ellos.

Hasta la noche.

Tu Lope."

Gracias al Cielo no ha muerto; pero, que será de mi padre? preguntaba Elvira.

—Posiblemente, le tomarían preso y le llevarán a San José, contestó Agueda, por decir alguna cosa.

—Oh! si le han tomado preso, le pasarán por las armas . . . . pobre padre mío! tan desgraciado, terminar así su vida en trance tan aciago y quizá morir trájicamente, decía aquella hija.

—Se me ocurre una idea, Elvira. Al anochecer, saldré acompañada por Roque y tomaremos informes del General . . . . pero aquí tenemos a su asistente . . . . qué noticias nos traé Roque? preguntó al servidor, que entraba en la sala. Sabe Ud. algo?

Señoras, yo venía a preguntar a Uds. si tenían alguna noticia del Señor Beltran, contestó aquel confusamente.

—Tú sabes algo Roque! dijo la joven, tú sabes de mi padre?

—Si señora, he tenido noticias del combate. El pobre José Castro, el marido de María Gómez, murió en la lucha.

—Ah! pobre mujer! qué hará viuda y con hijos pequeños? dijeron ambas a la vez.

—Pero, mi padre, Roque? Sabes algo de él? Leo en tu rostro, algo malo, terrible, para mí, dijo Elvira impaciente.

—Señora, al General, le tomaron preso, y le tomaron porque estaba herido, gimió el criado.

—Oh! Dios mío! herido? Quiero volar a su lado, en dónde está? lo sabes? Dímelo! Lo oyes Roque.

—Doña Elvira, Ud. no podrá ir a su lado; está gravemente herido y le llevan a San José, ahora mismo, voy a cuidar a mi padre . . . . es mi deber .

—Elvira, hija mía, terció Agueda, esperemos hasta mañana, talvez tengamos mejores noticias en el transcurso del día. Don Diego es fuerte y sano, posiblemente resistirá la herida.

—Siento mucho, que las noticias no puedan ser satisfactorias, decía Roque, pero el soldado, que me dió la desgraciada nueva, custodió largo trecho, la camilla en que iba el General, y me dijo que estaba gravísimo. Desde Cartago, fué agregado al convoy de heridos y pudo apreciar la gravedad de don Diego, dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas del honrado y sincero servidor.

—Ah! Roque, mi padre ha muerto! Esas lágrimas en tus ojos, son una prueba evidente de ello! Un hombre no llora, sino ante los grandes dolores, ante los dolores supremos y, tú has amado a mi padre y has sido un fiel servidor . . . . dilo de una vez, murió?

—Dña. Elvira, valor! ésa es por desgracia la noticia que me trajo el soldado. Llegó como enviado del Comandante, a comunicarnos esa fatal desgracia. Perdóneme Ud. que sea yo, el que desgarre su corazón. Dichas estas palabras el leal Roque salió de la habitación, con el rostro oculto entre sus manos y sollozando tristemente. Había perdido su segundo padre.

Elvira extrechó entre sus brazos a su aya y confundían sus lágrimas, oyéndose en aquella estancia el desgarrar de sus almas.

***

Elvira, con el rostro descompuesto y la mirada baja, cayó de rodillas ante el retrato de su padre.

—Padre de mi alma! Te has ido para siempre, ya no recibiré tu perdón. Ya no podré abrir mi corazón a tí ni encontraré consuelo en el mundo! Hoy, que te pierdo para siempre sobre la tierra, empieza para mí, la expiación de mi falta. . . . . no tengo apoyo, no tengo amparo . . . . Amparo? Quién amparará a una hija desobediente y rebelde? ¿quién me ayudará en la vida? Ah! mi virtud perdida! ¡Cuán feliz fuí, y hoy (no) veo en mi camino, abrojos y más abrojos! ¡Insensata de mí! Verdad, Agueda, que debo morir al pié de este sagrado retrato?

—Levántate, Elvira, el General desde el Cielo, perdonará tu falta, en vista de tu arrepentimiento, dijo alzando a su pupila.

—Sí, él me perdonará, pero yo no me perdonaré nunca, nunca, lo oyes? Cuán bien comprendo mi error. Ayer no más, creí obcecada por mi carácter, que obraba bien, desobedeciendo al autor de mis días; hoy se alza ante mi vista la enormidad de mi conducta; cómo me duele el alma, por haber manchado las canas de mi padre! Ah! merezco el

desprecio de las personas honradas y virtuosas . .

—Da tregua a tu dolor, hija, decía Agueda, es necesario tener valor en la desgracia . . . . no te abatas así. Sé que tu pena es acerba . . . . sé que eres muy desgraciada. Quizá puedas ser felíz aún . . . la decía su aya, aunque ella comprendía que los inútiles lamentos de su niña, tenían sobrados motivos. Penas de tal intensidad cuesta mucho esfuerzo sobrellevarlas y, sí a esto se agrega la falta que agobiaba a Elvira, se comprenderá la situación moral de aquella. Juez terrible es la conciencia. No perdona.

—Agueda, agradezco tus buenos deseos, pero mi corazón me dice, que éste es el principio del castigo de mi falta. Oh! qué desgraciada soy! Lentamente corrían las horas, interminable y aciago día, entre lágrimas y lamentos de la jóven Beltrán.

El Comandante del Cuartel, envió a ésta, un representante de su persona, para hacer presente sus sentimientos de condolencia por el desgraciado suceso, que en verdad deploraba toda la sociedad, y ponía en su conocimiento que sería enterrado por cuenta del país, en San José, pues no habiendo facilidad para embalsamarle, no se podía conducír nuevamente a Cartago por la poca facilidad del viaje.

Así fué como el pobre don Diego, no pudo reposar por entonces junto a los restos de su amada esposa.

Elvira estaba anonadada, ya sentía su corazón destrozado y casi había perdido la noción del tiempo por la crisis que atravesaba, cuando llegó la noche.

Había olvidado a Lope, a su carta y una especie de sonambulismo la embargaba. En medio de su desvarío, acudían a su mente: su orfandad, su niñez, su vida entera . . . . por último, porqué Lope

la buscaba a solas y huía de su padre? ¿porqué siempre prefirió las tinieblas a la luz del sol, para hablarla? que sería ello? Lope, tenía alguna idea oculta sin duda . . . . En aquel caos de ideas, sentía estallar su cerebro.

Sumida en honda amargura la encontró Lope, al llegar a ella. Perfectamente embozado y oculto por las tinieblas de la noche, atravesó el espacio comprendido entre el cuartel y la casa de su amada.

***

—Elvira ¡mi amor! díjola estrechando su fría mano.

—Ah! Lope! vienes a consolarme en mi dolor? Lo sabías tú?

—Sí, desgraciadamente lo sé! Cree, que mi corazón te acompaña . . . . Somos muy desgraciados, Elvira, nuestras penas se multiplican . . , . he tenido que sobornar al centinela para venir a despedirme de tí, a darte mí último adios! . . . Mañana saldré desterrado de Costa Rica, dijo el militar tristemente.

—Lope, Lope! qué haré yo sin tí? Mi única esperanza eres tú! . . , qué haré ahora sola y huérfana en Cartago? Ya tú ves, he perdido hasta mis amistades, todo . . . . todo . . . . sí . . . . me iré contigo! continuó.

—Elvira, yo no puedo . . . , es imposible, ... la decía él.

—Cómo imposible? No eres tú mi esposo ante Dios, no es nuestra hijita, tu juramento? Qué se opone a que parta contigo? preguntó anhelante.

—Elvira, nuestra niña, ha desaparecido por ahora. La nodriza ha huído de la ciudad y la ha llevado consigo . . . . nadie sabe que ha sido de ella . . . . de allá vengo, mas, han sido infructuosas mis pesquisas, terminó.

—Cómo ha sido eso? Explicate.

—La niña la tiene una mujer llamada Lucía García. Esta noche fuí a visitarla, pero no encontrándola, tomé informes en el vecindario y se me dijo que partió del barrio, al estallar la guerra, temerosa de algún accidente. Yo siento mucho ésto, sobre todo no teniendo tiempo para hacer indagaciones. Ella volverá, sin duda, cuando pierda el temor, pero yo no podré esperarla; mañana mismo debo partir al destierro.

—Lope, escucha, si mi padre ha muerto, mi hija perdida y partes tú ¿qué haré yo aquí y sola? Resueltamente, me marcho contigo, nos uniremos en matrimonio en cualquier pueblecillo de la costa. Si. Te acompaño, es cosa resuelta, dijo ella.

—Elvira, amada mía, la catástrofe es inminente. Yo no puedo llevarte . , . . he sido un insensato, un imprudente. Ha llegado la hora de la confesión; tenemos el corazón desgarrado: toma, lee esta carta, ella es mi contestación a tu deseo de partir conmigo. Diciendo ésto, extrajo de su bolsillo una, que entregó a Elvira, quedando inmóvil junto a ella.

Agueda, muda expectadora, interrogaba a Lope con la mirada.

Elvira, sorprendida por tal exordio; tomó la carta y leyó lo que sigue, en voz alta.

"Mi amado Lope:

Hace tiempo no sé de tí. Estoy muy preocupada; he sabido que en ese país se prepara una guerra civil y temo por tí. Tu hijito, te recuerda mucho y te nombra con frecuencia.

Vén, cuanto antes a calmar mi ansiedad. Ya hace dos años que partiste de nuestro lado.

Ya sabes que te espera con los brazos abiertos tu amante y fiel esposa.

Margarita."

Elvira, muda, absorta e intensamente pálida y sin proferir ni una voz, miró al seductor con mirada loca, luego abrió los brazos y cayó pesadamente en el pavimento,

El Capitán velozmente, acudió en su ayuda, pero no contaba con qué, hasta entonces fué, la dulce y apacible Agueda, convertida ahora en una fiera, se interpuso entre el seductor y la víctima. Estaba soberbia en su altivéz y con su fulgurante mirada; rechazó al amante exclamando:

—Atrás, mal caballero! No toque Ud. a su víctima! Es Ud., un sér vil y bajo . . . . no es sólo vil y bajo el ladrón y asesino . . . . Ud. es peor que ellos! Valiéndose de astucias, nos ha engañado, y ha desgraciado a una doncella, huérfana y confiada! . . . ¿No tiene Ud. corazón? Es esa la manera de agradecer aquel puro amor que dedicó a Ud. mi niña? ¿No sabía Ud. qué no podía unirse a ella con lazos matrimoniales? Ud. es doblemente pérfido y perjuro; faltó a su esposa y engañó a esta pobre niña . . . . Ud. es un villano, salga de esta casa ! . . . Ud. nos deshonra y mancha con su presencia . . . . salga Ud. inmediatamente! terminó jadeante la pobre mujer.

—Señora Agueda, escúcheme. Sé que soy todo lo vil que pueda ser un hombre y comprendo mi pecado. Esta carta pensé darla a Elvira, la noche que la cité a la Cruz de Caravaca. Al verla, tan triste y aflijida, no tuve valor de hacerlo . . . .

—Valor se necesita, para permanecer ante mi presencia . . . . es Ud. un hombre perverso . . . . no son suficientes las desgracias de Elvira, sino que aún la tortura Ud. . . . . Salga de esta casa, protervo! . . . . le he dicho que salga . . . . le hecho a Ud! terminó mostrándole la puerta.

Salió Lope, cabizbajo de aquella casa, en la

cual se había desarrollado un tristísimo drama, del cual él, era autor y protagonista, del funesto desenlace.

—Roque! Roque! gritó Agueda, en vista de que Elvira permanecía inerte.

—Señora ¿qué ocurre? dijo aquel entrando. Ah! doña Elvira? ¿qué le pasa?

—Ven, ayúdame a llevarla a su lecho . . . . las penas la matan . . . . ayúdame y enseguida, vé en busca de un facultativo; pero pronto; está muy mala mi pobrecita niña! dijo angustiada.

El médico, diagnosticó un fuerte ataque cerebral y quizá una fiebre de la misma índole, a continuación.

El facultativo no erró; vuelta en sí la desgraciada jóven, se presentó la fiebre altísima, con gran delirio. Noventa días estuvo Elvira, entre la vida y la muerte.

La pobre Agueda, ya perdía la esperanza de salvarla y junto a ella, se consumía a la par de "su niña".

La juventud venció y Elvira se salvó; pero demente.

—Doctor, decíale Agueda, salvamos el cuerpo, pero perdimos la mentalidad.

—No pierda Ud. la esperanza, señora, le contestaba, comunmente sucede ésto, en casos graves y agudos de dolencias cerebrales. Es muy posible que la señorita Belírán, recupere sus facultades intelectuales, más o menos pronto. Tal véz años, tendrá Ud. que luchar con esa demencia, pero creo que triunfaremos.

Mucha tranquilidad, mucha distracción y paciencia; ella reaccionará. En esta ciudad, tenemos los principales elementos para el restablecimiento de nuestra enferma: aire puro, agua inmejorable; bellí-

simos paisajes y buen clima. Además, debe tener muy buena alimentación. Ya está Ud. enterada mi señora, si ocurre alguna novedad, avíseme. A los piés de Ud. mi señora, terminó el galeno despidiéndose y dejando a Elvira en estado de convalecencia.

***

Por intromisión en asuntos locales, siendo extranjero, Lope Rivera fué en verdad, desterrado del país, como extranjero pernicioso. Y en efecto, la sociedad cartaginesa ignoraba lo pernicioso que era el sujeto en cuestión; por su carácter hipócrita y desleal. Era rico, bastante rico y sin deseo de trabajar en nada; era vago de profesión. Tenía carácter aventurero y la mayor parte de su tiempo lo dedicaba a la vagancia de una ciudad a otra.

Sus padres, oriundos de Panamá, le aconsejaron, tomara estado, deseosos de verle vivir en paz y ocupado en algo de provecho y sobre todo, dejar esa vida nómana y vaga. Obedeció a sus padres y eligió para compañera, una distinguida señorita, de tantas bellas prendas físicas como intelectuales y morales. Llevaba el bello nombre de Margarita Valcárcel. De esta unión nació un niño, que entretuvo al "papà" unos cuantos meses, poco tiempo después volvió a su antigua vida, dejó a su esposa y a su hijo y se embarcó para los países Centroamericanos.

En Guatemala, dejó plaza de conquistador de mujeres y asì mismo en otras Repúblicas. En Nicaragua, oyó hablar de las bellezas de Costa Rica y la hermosura de sus mujeres. "Allá me voy se dijo:" y efectivamente tomó rumbo al sur.

Llegó a Costa Rica, sediento de conocer todo lo bello que encierra este país y, llegó a la Capital, precisamente en las vísperas de la Pasada de Nuestra Señora de los Angeles.

Quiso la desgracia que en esa festividad conociera a la mujer más bella, que por entónces había en el país: Elvira Beltrán. Ya hemos narrado anteriormente al extremo que llegaron esos desgraciados y funestos amores.

Lope, era uno de esos hombres degradados, que cifran la vanidad, en sus conquistas amorosas y, por salir avantes con su empeño, no miran el deshonor y llegan hasta el crimen, antes que retroceder ante un capricho. "Estos" salteadores de hogares", son más dignos de presídio, de cadena perpetua, que aquellos que asaltan al viajero en los caminos. Estos exponen y juegan su vida en el ataque, y aquellos con voces almibaradas y palabras seductoras, se enrroscan, como reptiles, en el corazón de las sencillas o mal aconsejadas doncellas, desgarrando honras y mancillando hogares. ¡Anatema sobre los que, como Lope Rivera, llevan a la desgracia y ruina a una jóven virtuosa y digna de mejor suerte! Estos seres inhumanos, juegan con la honra de una mujer, como si fuese un pelele y los insensatos que son hijos de mujer y quizá tengan hermanas, hijas o esposas a quienes deben respetar, y por ellas, a las demás de su sexo.

La esposa de Lope, Margarita, en vista de que su esposo no regresaba y la ausencia parecía prolongarse en Costa Rica, pues ya hacía dos años que Lope, residía en el país, le escribió llamándole, como ya estamos enterados.

La guerra vino a colmar su objeto; desligarse de Elvira, la cual le exigía el cumplimiento de su palabra de casamiento, dada alevosamente por él, meses atrás, palabra que no podía cumplir nunca.

Partió del país, desterrado, y la pobre Elvira, fué sumada con otras muchas, en la lista de las conquistadas del malvado Tenorio.

Elvira, pasó al olvido, como las demás. Solamente conservó su retrato, como un trofeo.

***

La jóven Beltrán, recobró la salud, pero la memoria murió al volver a la vida.

Seis meses hacía que el General había muerto, todo era luto y silencio en su hogar. Su hija como una autómata vagaba de un lado a otro. Aquel rostro tan bello, estaba marchito; aquella cabellera de ébano, cayó, como tronchada por el huracán, unas cuantas hebras de cabellos, medio cubrían el cráneo. Su cuerpo antes, tan elegante y gentil, se encorvaba ahora. Sus hojos de terciopelo negro, hoy, sin pestañas, estaban enrrojecidas por el llanto. "Doña Elvira", había desaparecido, ahora era la "loca Beltrán", como la llamaban los gamines o muchachos de la calle de Cartago. Al verla discurrir por las avenidas de la ciudad, acompañada de Agueda, se decían los chicuelos: "Allá viene la loca Beltrán". Ella les miraba con mirada hosca y seguía con paso vacilante su paseo.

En vano llevaba Agueda, a "su niña", a contemplar aquellos prados siempre floridos, las fuentes termales del Agua Caliente; los setos cubiertos de rosas enredadoras; las vacadas, todo era en vano: Elvira, no daba señal de recordar nada. Siempre callada, siempre absorta . . . . La convalecencia de Elvira se prolongaba demasiado.

El verano ya llegaba. Las aves migradoras que a estas regiones nos llegan, ya venían en bandadas. Del norte, llegaban centenares de tordos, camaleones y pinses; de las costas del Pacífico, bandadas de pericos y tijeretas. Las simpáticas golondriñas, como heraldos del estío, venían del sur. De los valles de matina, llegaban, los cardenales, caciques y muchos otros pájaros de vistosas plumas.

Estas aves, caían sobre los hüitites, para comer las uvas de oro, dulces y sabrosas; sobre los porós, para picar la empuñadura de los pequeños sables rojos, que forman la flor de estos árboles, y comer su semilla. Era un placer salir en las mañanas a contemplar estos cuadros naturales, precursores del verano.

Los campos, cubiertos de santa-lucía y diente de león, formaban un oleaje celeste, con franjas de oro, al ser movidas por la brisa, las pequeñas plantas.

Aquel Cielo azul, cuyas nubes en forma de cenefas, cendales y plumas, bajaban, hasta ponerse sobre los montes, semejando enormes moles de nieve, en fin, todo el regio séquito que nos visita anualmente, pasaba desapercibido a la demente Beltrán. Agueda, la hacía notar todo aquel derroche de oro y arreboles en las tardes estivales: Elvira había muerto en vida, al parecer. Nada la conmovía, nada la despertaba de su atonía. Siempre impreso en su semblante, el estupor de la lectura, de aquella reveladora carta.

Una mañana fué llamada Agueda, por una pobre mujer que moría. Aquella mujer era María Gómez, la esposa del soldado Castro que murió en el combate de Ochomogo.

María, de soltera, fué criada de la casa de Beltrán, era una honrada y buena mujer. Al ver a Agueda en su presencia, lloró amargamente.

—Ah! Niña Agueda, me estoy muriendo, la llamé para decirle si doña Elvira, querrá hacerse cargo de mis chiquitos, siento mucho dejarlos solitos.

—María, siento deveras verte en este estado de postración. Elvira, no puede hacer nada en tu favor; hace cerca de un año que está mal de la cabeza; tiene malo el cerebro desde que murió su padre:

cayó en cama y casi muere, quedando después como demente. Nada sabe y de nada se acuerda.

—Pobrecita doña Elvira! A mi me ha puesto en este estado, la muerte de mi marido; desde que supe su muerte enfermé y cada día me siento peor. Ahora me dijo el médico, que vaya al hospital, pues yo no puedo alimentarme ni curarme aquí, en casa. Pensé en Uds. para dejar a mis hijitos. José ya tiene once años, ya puede servirles, pero Anita, aún no tiene el año, díjo la madre.

—María, yo sé que en casa te quieren y aunque Elvira, no puede disponer nada sobre este asunto, yo recojeré a tus hijos y les tendré en casa mientras puedas recojerlos tú.

—Dios, se lo pague, niña Agueda. Si acaso no salgo del hospital, porque Dios me lleve, ya sé que mis hijos quedan bien.

El Sr. Cura Granados, tiene un regalito que el padrino le hizo a la chiquita, cuando se bautizó; creo que es dinero . . . . porque el padrino es rico, y Anita . . . . al decir estas palabras la pobre mujer perdió el conocimiento por el esfuerzo que hacía al hablar. Estaba tan débil! . . . .

Agueda, la auxilió en cuanto pudo, para volverla en sí, y alentarla, pero, todo fué en vano. Aquella mujer moría de un ataque de colapso; estaba extenuada completamente.

La bondadosa Agueda, hizo enterrar a María y llevó consigo a José y a su pequeña hermanita.

Agueda, creyó que la vista de la niña, causaría impresión a Elvira, pero no fué así, no dió importancia alguna a la llegada de los niños

Todo volvió a su estado anterior. El muchacho José, fué enviado a Retes, para que el mandador de la finca, lo enseñase a trabajar en el campo. La niña, pronto se acostumbró a su nueva casa y es-

meradamente cuidada por Agueda y la servidumbre, cada día se desarrollaba en hermosura, prometía ser muy bella.

IV

HORAS FATALES

Han pasado diez y ocho años.

Hacía ocho, que Elvira había recobrado sus facultades intelectuales y por lo tanto, el recuerdo. Toda su vida pasó ante su mente; Lope y su recuerdo formó el espanto de ella. Un odio feróz se apoderó de su corazón y aborreció de muerte al autor de sus desgracias.

Diéz años iba a cumplir, Anita, la niña de María Gómez, cuando Elvira se dió cuenta de la nueva compañera. Preguntó a su aya, quién era, de dónde venía, y satisfecha con la relación que la hizo de la llegada de la niña a casa, no volvió a tocar el asunto.

Poco a poco, fué aficionándose a la niña y a su debido tiempo la preparó para hacer la primera Comunión y Confirmación, de la cual fué madrina.

Anita, era tan cariñosa y buena, con sus protectoras, que llegaron a dedicarle todo su tiempo y su ternura.

Agueda, a pesar de ser mucho mayor que Elvira, se conservaba más rejuvenecida que "su niña" Elvira, era una anciana; apesar de no tener cuarenta años aún. Su cabellera, era blanca y esto la avejentaba bastante. Su tez marchita y su mirada triste

y meditabunda, la aumentaban la edad en más de veinte años.

En cambio Anita, era una jovencita bellísima y elegante. Tenía cabello negro y rizado, abundante; ojos de color verde, adornados de cejas y pestañas como el cabello. Cutis, fino y moreno, con rosas en las mejillas y los labios aún más rojos que aquellas. Unos preciosos dientes muy blancos, adornaban aquella boca. Su aspecto simpático y atrayente, la hacían encantadora.

Tenìa el carácter, al parecer dulce: era tenaz y cuando se la contrariaba, su dorada tez indostánica, tomaba el tinte rojo del barro terracota. Sus hojos de esmeralda, despedían luces y sus labios se contraían formando pliegues altaneros. Apesar de estos defectos, cuando a ella se le antojaba, era seductora; pero era caprichosa. La educación que se la había dado, tanto religiosa como social, había moderado un tanto la expontaneidad de aquella naturaleza indómita, invisible, a particulares y extraños.

Agueda y Elvira, ya habían tenido sus conferencias sobre el asunto y terminaban indefectiblemente, con el mismo estribillo: "no exigirle mucho; era una pobre huérfana que vivía de la caridad". Además, era tan zalamera, que era imposible usar rigor en ella. Así creció, y con ella, sus defectos.

Los años transcurridos desde la muerte del General, hasta el presente momento, habían pasado monótonos para la familia Beltrán.

Invariablemente, todos los veranos—como costumbre implantada en la ciudad—cerraban las puertas de su casa y se marchaban a su propiedad en Retes. Aquella heredad, era la que formaba la parte más valiosa, del patrimonio de Elvira.

Dn. Diego, en su testamento dejó rica a su hija: un buen legado a su aya Agueda, y otro así

mismo valioso, al buen Roque. Este, seguía en la casa, ahora en calidad de mayordomo; vigilaba la servidumbre y "daba vueltas por los sitios", como decía él, cuando marchaba a la finca a dar órdedes sobre los trabajos.

Estos terrenos, situados en las cercanías del Irazú, gozan de un clima frío, inmejorable y se cultivan grandes cantidades de maíz y hay grandes prados donde se engordan manadas de ganado vacuno. Allí tenìan lecherías y queseras, y crìa de volátiles en gran escala.

Terminada la recolecta del grano y de recoger los demás productos anuales, regresaba la familia Beltrán a Cartago, cuando se aproximaba la Semana Santa.

Las ancianas, pues ya lo eran, entonces se dedicaban a los oficios religiosos, distribuyendo su tiempo de esta manera: toda la Semana Santa y pascua; en mayo, todo el mes a la Virgen María. En junio, al Sagrado Corazón de Jesús, sin olvidar a san Juan y el Corpus Cristi y la Santísima Trinidad; en julio, hacían sus rezos al Apostol Mayor, Santiago, como patrón, que permanecía en la Parroquia. Todo Agosto, lo dedicaban a la Virgen de los Angeles y a la Asunción de la Virgen. En Septiembre, la pasada de la parroquia a su ermita de los Angeles y la Virgen de las Mercedes. Como pertenecian a la Orden de San Francisco, el mes de Octubre lo dedicaban al Santo Varón; el mes de Noviembre, lo dedicaban a las ánimas; Diciembre al nacimiento del Niño Dios. A los Reyes, les hacían sus oraciones en Enero y a la Candelaria en Febrero, terminando esta serie de ejercicios en Marzo el día del Santo patriarca San José. Los meses del veraneo, allá en Retes se hacían las novenas y se mandaban a decir misas a los santos de devoción.

Para la Virgen del Carmen y Santa Ana, se hacían rezos y su colaciòn, en honor a Agueda, que llevaba el primero y en el de Anita, que celebraba su onomástico.

Por lo descrito, se verá que aquellas mujeres tenían todo su tiempo ocupado, y las horas libres, que no dedicaban al templo, las invertían en obras de mano; cosían ropa a los huérfanos y los pobres del hospital. Para ellas todo el mundo habìa terminado. No existía más que la religión y sus obras piadosas. No vivían más que para hacer el bien.

Las Beltrán, olvidaron que entre ellas vivía una jovencita avída de goces y que, como ellas, debía algún día amar. Querían que Anita, fuese monja, y varias veces habían tocado este asunto, pero, la gentil doncella no se hallaba muy inclinada al monasterio, y siempre aplazaba su respuesta afirmativa, para más adelante. Ella quería gozar; conocer y asistir a reuniones, pero allí nadie pensó en ella y la pobre niña se fastidiaba de aquella vida monástica que llevaba, en aquel tétrico caserón en que vivía. Allí, se marchitaba aquella flor semi salvaje.

***

Hemos abandonado a nuestros buenos amigos, don Pedro y don Juan, ¿qué había sido de ellos en tan largo lapso?

Prado y del Corral, regresaron a Cartago, apenas se pacificó la ciudad.

La capital, había perdido su soberanía y ya no lo era, a pesar de ostentar con orgullo el escudo que el Rey de España donó a aquella, con la hermosa leyenda de: "Muy Noble y Leal", en cuyo campo el "León y el Castillo", monárquico, está coronado por una corona ducal.

Los cartagineses, perdieron el derecho de capi-

tolinos, después de la guerra civil, pero su idiosincrasia no cambió en ellos: siempre su fé religiosa; su austeridad y morigeradas costumbres les acompañaron por largo tiempo.

Don Pedro, pasó muchos años en Costa Rica, pero sintiéndose viejo, le dió cierta nostalgia de la Patria y, apesar de ser difícil, en aquella época atravesar el océano, quiso regresar a su país. No pudo resistir más y una mañanita se levantó resuelto a "arrostrar el todo por el todo, como decía él, y marcharse a España: queria morir allí donde nació.

Amigos míos: no tengo otra familia en el mundo, que la vuestra, decía, en tanto desayunaba, no tengo ningún pariente y sin embargo la patria me llama y me ha entrado el gran deseo de ver su cielo nuevamente. Amo a Costa Rica como mi segunda patria; pero aquella me atrae. Espero que España, estará "encarrilada", de nuevo y podré vivir en ella, comiendo tranquilamente mis garbanzos.

—Conque, es cosa resuelta amigo: nos deja Ud.? Lo sentiremos mucho . . . . en fin . . . . le tratábamos como a un querido familiar, le echaremos mucho de menos.

—Oh! estoy gratísimo a Uds.! Mi familia, si la tuviése, no habría sido más bondadosa, hospitalaria y amable, que la suya, don Juan. Doña Rosa, su amable compañera de Ud. ha sido una hermana para mí y sus jóvenes hijos, han sido mis buenos y pequeños amigos.

Créalo, Prado, ésto lo he pensado mucho . . . ! me voy a encontrar tan solo! . . . quisiera llevar a Ginés y Alonso, sus hijos de Ud. conmigo, pero esto no es posible, verdad.?

—Con gusto accederíamos a su deseo, don Pedro, pero . . . . es tan lejos España! contestó la esposa de don Juan, como una negativa.

Después de mil proyectos y no menos dificultades, partió don Pedro, tomó un vapor en Puntarenas y marchó a su tierra natal. La familia Prado, sintió deveras, la partída del amigo, que en diez años de vivir bajo su techo, jamás demostró desagrado por nada y su carácter ecuánime le hacían simpático a cuantos lo trataron.

Un año después de su despedida, recibieron su primera carta, en la cual decía: "que España encarrilada" otra vez, estaba tranquila y que el Gobierno español, habiendo reconocido sus servicios prestados por largo tiempo en América, le señalaba una buena pensión y lo único que le mortificaba era estar ausente de sus buenos amigos.

La familia de don Juan, estaba satisfecha al leer esta carta, la cual fué contestada a vuelta de correo, con otra, repleta de felicitaciones y buenos deseos, para el bueno de don Pedro y sintiendo la ausencia, y la imposibilidad de verse nuevamente.

***

El año 1841, 8 años después de la partida de don Pedro, se encontraba don Juan, bien anciano ya, en un amplio corredor de su casa de habitación en Cartago. Un enorme sillón de vaqueta, servíale de asiento y, desde aquel alto sitial inspeccionaba el ordeño de las numerosas vacas, que, atadas a sendos horcones, esperaban su turno para ser ordeñadas. Los terneritos bramaban impacientes, por tomar su desayuno y las madres mugían sordamente como exhortándoles a tener paciencia. Un mozo, llenaba el balde con la blanca y espumante leche, que iba depositando en grandes vasijas de barro o sean lebrillos; otro mozo la repartía a los numerosos compradores, que en otro local contiguo, esperaban el alimenticio líquido.

Amplio era el patio; circundado por corredores en forma de claustro. Allí se veian hacinadas grandes cantidades de leña; carretas, sillas de montar, arguenas y aparejos de caballerías.

Perchas para dormir las aves de corral y en un ángulo, una pocilga, en la cual yacía un cerdo satisfecho y recibiendo un rayo de sol matinal. Este cuadro, con pocas variántes se repetía a diario en todas las casas ricas de Cartago o sea la antigua capital.

Don Juan como buen cartaginés, madrugaba bastante. Se desayunaba con una jícara de chocolate, pan dulce y bizcocho, empanadas de maíz rellenas de queso. Luego iba a oir misa de seis.

A su regreso, dejaba la capa de abrigo y subía a su taburete de cuero a presidir el ordeño. Doña Rosa, su esposa, le acompañaba y luego de instalarle en el corredor, marchaba ella, a la cocina, a dar sus órdenes, para que el almuerzo estuviese listo para las ocho o nueve de la mañana. De allí, encaminaba al gallinero, a dar de comer a las aves, dedicándose después a sus quehaceres domésticos.

Los hijos de don Juan, Ginés y Alonso, asistían al colegio del Padre Guillén y el resto de su tiempo lo invertían en vigilar la hacienda de sus padres.

Así se vivía en aquella honrada casa: una vida dulce y apacible.

Ginés, era todo un caballero, correcto y buen hijo; servía de modelo a todos los demás jóvenes contemporaneos suyos. Su físico era de una belleza admirable y en Cartago se le tenía por el mejor mozo de la localidad. Su carácter serio y suave a la vez, le hacían simpático. Era un magnífico amigo, y sumamente cortés con las damas. Tenía un claro talento y un magnífico criterio. Entre sus amigos era siempre el distinguido.

Alonso, el menor, era un buen estudiante y muy obediente y respetuoso con el autor de sus días. A pesar de ser diez años menor que su hermano, eran muy unidos, amándose y respetándose mutuamente.

En el Colegio del Padre Guillén, había algunos jóvenes internos, venidos de San José, Heredia y Alajuela; ciudades conocidas antes de la Independencia con los nombres de Villa Nueva, Cujubuquí y villa Hermosa, respectivamente.

Entre los discípulos internos venidos de la nueva capital, se distinguía uno, por su porte arrogante y maneras desenvueltas. Tenía la mirada altanera, lo que le hacía tener pocos amigos, a pesar de ser de conducta correcta. Ginés, siempre complaciente, le había brindado su amistad, pues Luis, este era su nombre, desde que trató al jóven Prado, sintió simpatía hacia él. Ginés, notó el carácter turbulento de su amigo y trató de modificarlo por medio de amistosas insinuaciones y el jóven Luis, parecía acatar aquella amable intromisión en su modo de ser. Era poco más o menos de la edad de Ginés. Los días de asueto, que no iba a San José a casa de sus padres, los pasaba en casa de Ginés en la ciudad. Era un buen muchacho y sentía verdadero gozo, el día que lo pasaba con su amigo. No sucedía lo mismo cuando regresaba de su hogar; llegaba melancólico, pensativo y malhumorado. Ultimamente dejó de visitar su casa y permanecía en Cartago, casi todos los días libres.

Ginés, que le observaba, dedujo que algún otro motivo más que su amistad, le retenía en la población.

En uno de aquellos días de libertad, propuso Luis, a su amigo dar un paseo por el arrabal. Se dirigieron hacia el norte de la ciudad, subiendo la suave pendiente que une, este barrio, a la ciudad.

Se internaron por las umbrosas callecillas, cer-

cadas por bajas murallas de piedra y a trechos por setos vivos, cubiertos de rosas enredadoras, chirritos y quiebra-platos; por allí discurrían los jóvenes. Por el aspecto de su amigo, Ginés adivinó que algo ocultaba el jóven y se propuso averiguar el motivo.

Una casita, de campo cubierta de enredaderas y nueva, atrajo su atención y dijo:

—Mira qué casita tan pintoresca, con su jardinillo ¡mírala Luis, te gusta?

—Si, bonita para pasar una luna de miel, suspiró Luis.

—Sabes, Luis, que me parece que estás enamorado? Hace días noto en tí, cierta melancolía y . . . . ya no eres jovial y alegre como antes, como es tu carácter habitual. Casi no vas a San José, a ver a tus padres . . . .

—Míra Ginés, a casa no tengo realmente, mucho gusto de ir, y te advierto que amo a mis padres; pero noto en ellos, entre sí, cierta frialdad y desunión que me desagrada y me hace daño. Esto no quiere decir que riñan, pero no se tienen confiánza y he notado que no se aman. Esta es una de las causas, por lo cual mi carácter se ha vuelto melancólico y sombrío. Ahora respecto a enamorado, te equivocas. Tú conoces a Anita, la de las Beltrán? ¿Sí? Pues bien: te diré, que me he enamorado de ella; me ha tomado por asalto el corazón y me siento preso en las redes de su mirada.

—Si es muy linda, pero tú sabes quién es Anita?

—No sé más, que es muy linda y que la amo, dijo con ardor Luis.

—Te diré algo de esa jovencita. Es una niña, recojida por doña Elvira y Agueda. Es hija de un soldado, que murió en la guerra del 23, y de la lavandera de las Beltrán, su esposa. Anita es hermana de aquel muchacho grueso, que cuida las

vacas (de la casa) y ambos están en la casa, desde la muerte de su madre. El origen de Anita, no puede ser más humilde. No te digo ésto, por denigrar a la niña, que es un dechado de belleza y de virtudes; pero sí, para que pienses si tus padres aceptarán como tu esposa a esta niña. Creo, que en tu carácter, que tu amor no será un mero pasatiempo y la amas con rectas intenciones.

—Su origen no me preocupa, si ella es buena y me ama, dijo Luis, creo que corresponde a mi amor, y si así es, la tomaré por esposa; ese es mi objeto y no otro.

—¿Pero . . . . no cuentas en nada la aprobación de tus padres, Luis?

—Eso me tiene sin cuidado. Ellos, casi ni se hablan; a qué pues, consultarles? Mi padre, tiene ciertos proyectos, matrimoniales, respecto a mi porvenir. Quiere unirme a una jóven riquísima de San José, más fea que una noche obscura y tempestuosa. No le diré nada respecto a Anita ¿Cómo puede haber comparación entre ésta y aquella? No. Estoy decidido, cuando sepan mis amores ya estaré casado, terminó.

—No me parece bien ese proceder, arguyó Ginés, yo, como tu amigo, te ruego medites ese paso que vas a dar: piénsalo bien, no sea que te arrepientas más adelante; tú eres impulsivo y debes reflexionar mucho, antes de ejecutar actos de tal magnitud.

—No lo creas, Ginés, mi madre me deja hacer lo que quiera, siempre ha sido así, y mi padre quiere violentarme; entre las dos opiniones tan contrarias, yo soy el llamado a resolver sobre el asunto. Ya lo he pensado maduramente y en la primera oportunidad hablaré a Anita y si me acepta, me caso y resulte después, lo que resultare.

—Mira Luis, yo soy mayor que tú y veo más allá que tú, por esta razón. No estoy de acuerdo con tus ideas. Veo que no atiendes. Siquiera ofréceme tenerme al tanto de tus proyectos, para algo soy tu verdadero amigo.

—No lo dudes; ya te daré cuenta de mis actos, mi querido Mentor, dijo jovialmente Luis.

Charlándo y caminando, dieron vuelta por la Cruz de Caravaca y tomaron luego la Calle Real, cruzando hacia la de la Soledad. Paso tras paso, llegaron a la esquina del templo de la soledad y enfrente de la casa de Anita.

La hora crepuscular se acentuaba y bandadas de golondrinas se posaban en fila, en las cornisas del templo, frente a la leyenda latina, que, desde la época colonial ostentaba el átrio de la portada.

Las campanas del templo tocaban el Angelus y a la vez llamaban a los fieles a rezar el rosario, que todas las tardes se rezaba allí.

Las tres mujeres de la casa de Beltrán, salieron y se dirigieron a la Parroquia.

Anita y Luis, cruzaron una mirada en la que se leía un mundo de promesas.

Las compañeras de la niña interceptaron aquella mirada y ambas escudriñaron al desconocido mancebo.

Aquella tarde, por primera vez, después de muchos años, no rezaron con devoción sus oraciones.

Al templo, entró Luis, seguido de su amigo, y allí se confirmó más las sospechas de las ancianas: no había duda, aquel mozalbete pretendía a Anita, cosa increíble, ellas, que la querían monja y la moza correspondía a las miradas del joven! . . .

Aquello era demasiado.

***

Agueda y Elvira, se convertieron desde aquel

día en un Argos, respecto a su recogida y ahijada. Constantemente vigilaban aquella esquina, en la cual permanecía Luis, largos ratos, los días de asueto.

Luis, había conocido a su novia, en casa de las Pérez. Eran éstas, tres señoritas solteronas, pertenecientes a buena familia y parientes del actual Gobernador de Cartago. Su edad pasaba de los treinta años y eran sus fisonomías muy semejantes entre sí. La mayor, de más baja estatura que sus dos hermanas, era más desarrollada. Esta señorita, tenía unas *finas tijeras*, por lengua: todo lo criticaba y a todo aquel que se pusiese ante su vista; además de este gran defecto, crecía otro a la par: la curiosidad sin límites; pero curiosidad oficiosa.

La segunda hermana, era buena, trabajadora y amable. Su hermana menor, era menos fea que las mayores; se daba "aires de reina". Las hemos descrito superficialmente y el físico de la una, podía marcar el tipo de las tres hermanas; cara larga y ancha; ojos pequeños y negros, nariz grande y algo chata; boca vulgar y cabellera lacia, corta y negra; eran pues bien feas. A pesar de todo, eran amables y finas. Debido a su carácter cortés y atento, eran muy populares y sobre todo, porque en aquella casa se sabían todas las noticias y se comentaban a discreción. Tenían gusto especial, de atraer jóvenes de ambos sexos a sus tertulias, seguramente para olvidar que la vejéz se les venía encima.

Era costumbre en aquella época, obsequiar a las visitas, con golosinas, copitas de rompope, refrescos o chocolate, según la hora, y en casa de las Pérez se obsequiaba bien y ricamente. Eran famosas en la ciudad las confituras y tosteles que se comían en aquella casa.

Las encaneladas, africanas, enlustradas y chiquedores, horneadas en la casa, tenían justa y

merecida fama.

Por Natividad, no faltaba el hermoso Portal, como era costumbre en casi todas las casas-que era notable por ser de movimiento. El Paso, era una obra maestra de escultura, traído de Guatemala.

El año que nos ocupa, el Portal, de las tres hermanas, hacía ruido en Cartago, tal era el número de novedades que se exhibían en él. Sobre todo, se daba una "chicha" de maíz y gengibre, riquísima.

El día de Reyes, fué el señalado por Elvira, para visitar portales y, como el de las Pérez, era el mejor, allá se fueron las Beltrán.

Por aquí, corría un ferro-carril, entrando y saliendo por un túnel, para después pasar junto a un mar, que arrollaba sus olas, en las cuales daban tumbos algunas embarcaciones. Por los aires, volaban globos de papel de colores y banderitas doradas. Mas acá, un surtidor, que llenaba una pila, corriendo el agua a formar una catarata. Junto a ésta, un enorme pajarraco movía las alas y aleteaba sin cesar; era mayor que el surtidor y la fuente juntos, quizá se quiso imitar el "roc", de los viajes de Simbad el marino. Mas allá, en una plazoleta, un negro bailaba un interminable zapateado y a la par una mula indómita, despedía por las orejas al ginete, a intervalos regulares.

El negro Piyayo, grande como un niño de un año de edad, yacía sentado en su taburete de cuero, en el centro del Portal, riendo eternamente, a la véz que apoyaba el índice sobre los rojos labios, como para imponer silencio

Por doquiera, rebaños de ovejas, fieras, conejos, todos en perfecta armonía, como los legendarios del Arca de Noé; bien es cierto, que los tigres y leones eran pigmeos al lado de los conejos, quizá por esta razón les temían y conservaban buena amistad entre

sí. Todo aquel mundo de seres, reñidos abiertamente contra la estética y que había puesto en fuga a la perspectiva, estaba adornado con papeles de colores, en forma de flores de las más raras formas; con brichos dorados, plateados, oropeles; y grandes montañas de musgo y parásitas hacinadas; cerrando el Portal, una serie de cohombros, cidras, torónjas y ramas de naranjo con sus frutos, todo ésto, en medio de uruca en forma de arco.

La cueva mejor arreglada, encerraba aquel bello y hermoso paso.

La mula parda y un buey overo, y un buen número de pastores acompañaban las tres Personas o sea la Sagrada Familia.

Sobre la cueva, una enorme nube de tul y tarlatana blancas, sostenía un ángel, más grande que la cueva y cuyas manos llevaban el "Gloria in excelsis Deo" y por último, sobre todo ésto, una hermosa estrella despidiendo rayos, que en forma de lluvia caían por todo el portal, despidiendo fulgores; ésto era lo más bello.

Cuando llegaba algún chusco a visitar el Portal, leía en voz alta: "Gloria in excelsis Deo" y otro contestaba; ¿Dónde está la chicha que no la veo? De esa manera demostraban el deseo de beber el fermentado brebaje de origen indio. Una criadita, tenía cuidado de llevar sendos vasos a quien lo deseara.

Anita, se encontraba embebida, admirando aquellas bellezas y llamaba la atención un grupo de labanderas y de carpinteros, que a compás, movían sus brazos y herramientas, cuando se sintió atraída por una fuerza magnética, que la hizo volver la cabeza. Sus ojos tropezáron con los de Luis, que la miraba con admiración.

La niña se ruborizó al ver que era objeto de tan insistente mirada, pero la imagen del jóven, arrogan-

te y resuelto, quedó grabada en su sencillo corazón. Allí, en aquella hora, quedó escrito el destino de ambos jóvenes,

Así principiaron aquellos amores. Después de miradas, cartitas y recaditos fueron alimentando una pasión que había llegado a su máximo, cuando Ginés abordó a su amigo y las Beltrán lo notaron. Elvira, alarmada, recomendó a su aya, que averiguase quién era aquel jóven que pretendía a su protegida.

Agueda, pudo saber, que era un estudiante josefino que estaba interno en el Colegio del padre Guillén, nada más supo.

***

—De ninguna manera debe llevar relaciones, Anita, con un desconocido. Es nesesario que deje esos amores. Yo no me opongo a que contraiga matrimonio, pero sí deseo, que sea con persona conocida . . . . pero así . . . . con un extranjero . . . . no . . . . no . . . . Míra Agueda, llama a la niña, deseo hablarla, esto decía Elvira conversando con su aya.

Pocos momentos después entraba la huérfana.

—Anita, siéntate y escucha. Te he llamado para hablarte de un asunto de interés para todas, y sobre todo, para tí!

Anita obedeció y escuchó. Elvira se expresó en estos términos;

—Tú bien sabes, Anita, que no perteneces a nuestra familia. Sabes, que eres hija de un honrado matrimonio de humilde origen.

Estás enterada, que a la muerte de tu madre fuiste, como José, tu hermano, recomendada a nosotras. Tenías en esa época, pocos meses de edad. Fuí tu madrina de Confirmación, a su tiempo, cuando el Obispo García confirmó; te preparé para la

primera Comunión y . . . . en fin, te hemos cuidado Agueda y yo, como a una hermanita menor.

Ahora, eres una señorita, muy cumplida y correcta; también hemos notado que cierto jóven te pretende, cierto jóven desconocido, que te sigue a todas partes, los días festivos . . . . dime con franqueza ¿te pretende ese jóven?

Anita confusa, bajó la cabeza y guardó silencio.

—Contesta, Anita, te ama ese mozo? preguntó Elvira.

—Doña Elvira, todo lo que Ud. me ha dicho, lo sé, y sé también cuanto tengo que agradecer a Ud. sus bondades para esta pobre huérfana. Tanto mi hermano como yo, estamos muy agradecidos por su protección.

¿Qué habría sido de nosotros, sin su caridad, señora? contestó Anita.

—Está bien lo que dices, y me gusta que seas agradecida, pero, yo deseo saber si ese jóven te pretende, dijo la madrina.

—Si señora, me pretende, y espero obtener el permiso de Ud. para hacer su petición en toda regla, pues desea hacerme su esposa, contestó resueltamente la jóven.

—Tú le amas?

—Yo? Si señora, le amo.

—Y, quién es ese jóven que ha podido enamorarte?

—Algunas veces le he visto y también llevamos correspondencia, continuó, como no podemos conversar, lo hacemos así.

—Vaya que eres franca! Menos mal. Así me consta que procedes con sinceridad. Pero, mira, no me dices nada de él . . . . ni su nombre, ni su posición social, ni de donde es, creo que no es de Cartago, no es así? Pues nunca le vì en esta ciudad.

—Se llama Luis. Es un muchacho muy rico y de muy buena familia. Es alumno del Padre Guillén y es de San José, concluyó Anita.

—Eso no basta, es necesario saber quién es! Es necesario, saber que conducta observa; en fin, saber si tiene padres y si estos aprueban esta boda.

Anita, te ruego que evites relaciones con ese jóven, hasta no enterarme yo, de quién es él. Tú, no lo conoces, sino de vista y al través de las cartas que te escribe; ten paciencia en tanto nos informamos y son ellas favorables, ya veremos de autorizarle para sus visitas. Mientras no sepamos quién es, evítalo, no es conveniente llevar relaciones con personas desconocidas, oyes?

—Si señora, contestó la aludida.

—No creas, Anita, que te amonesto por deseo de mortificarte, no, yo deseo para tí, un esposo bueno y que sea persona conocida.

Tengo mis razones para proceder así. No es conveniente comprometerse con extranjeros desconocidos; ésto a veces da fatales resultados, de confiar en quién no se conoce. Me obedecerás Anita?

Esta ofreció, todo lo que quiso Elvira, pero sus verdes ojos, centelleaban y su color del rostro, tomó el del barro cocido: se adivinaba que estaba colérica a pesar de no demostrarlo. Ella, no se creía obligada a sacrificar hasta sus afectos del corazón, por obedecer a su madrina; bastante hacía con dedicarle todo su tiempo y los mejores años de su vida.

En su fuero interno, se ofreció hacer aquello que mejor le pareciese en este asunto, aunque ella comprendía la prudencia del consejo de la Beltrán. Pero bastaba con que se le llamara la atención sobre sus amores, para desear ella disponer a su antojo.

Mientras se dirijía al interior de la casa pen-

saba: "Veré a Luis y le hablaré cuantas veces me sea posible. Ella, no tiene que intervenir en mis asuntos". Su caráter indómito, se sublevaba ante la oposición.

Una mañanita, a la salida de misa, Elvira encontró a su pupila en gran coloquio con su novio.

Grande fué su disgusto, y colérica interpeló a la moza:

—Has olvidado, Anita, mi recomendación? No sabes que te prohibí hablar a ese muchacho?.

—Señora, sí, Ud. me ha prohibido hablarle. Yo creo que eso nada malo es, el hablarle. Hoy le preguntaba algo referente a su familia, y me dijo que, pertenece a una familia josefina, que su padre se llama Lope Rivera y . . . . no pudo continuar Anita.

—¡Lope Rivera ¡Lope Rivera! ¡Lope Rivera has dicho? Desventurada de tí, si continuas escuchando a ese vil hijo de tal padre, exclamó Elvira frenética.

—Señora Ud. conoce al padre de Luis?

—Si le conozco? . . . Vaya si le conozco! . . . Agueda! Agueda! ven! gritó.

—Què ocurre? dijo aquella entrando.

—Qué ocurre? Imagina que Luis, el pretendiente de Anita, es hijo del faláz y villano Lope! ¿Podía suceder cosa peor, Agueda?.

—Oh! Anita! Es menester que olvides a ese jóven . . . . de ninguna manera te conviene seguir relaciones con él, dijo Agueda.

—Si, te lo prohibo terminantemente, que vuelvas a pensar en él, lo entiendes? Lo oyes? dijo Elvira colérica.

—Anita, debes obedecer a tu madrina: ella tiene sus razones para no querer esos amores . . . . obedécela y no la mortifiques más con tu desobediencia, terminó la anciana.

—Vete a tu cuarto y no saldrás de casa sin

nosotras, dijo la madrina.

Anita, se retiró, pero en sus hojos se leía un gesto altanero de reto y desdén, nada bueno auguraba aquel ademán.

***

—Elvira, te exhaltas demasiado y no puedes hablar a la niña, sin encolerizarte; eso te hace mal, ten paciencia, decìale Agueda.

—Agueda, tu no puedes imaginar que yo no tenga razón el aborrecer todo lo que venga de aquel hombre que, con mentidas frases y falsos juramentos labró mi ruina: Por él, perdí mi honor; por él, he perdido la paz del alma; mi vida ha sido arruinada, por él, ¿como quieres tú, que yo acepte al hijo de tal hombre? Probablemente será tan ruín como su padre ¡exclamó desesperada.

—Tienes razón; pero quizá el hijo sea bueno y piense correctamente.

—No lo creas, es su hijo y a no dudarlo, busca en Anita un pasatiempo peligroso. De ninguna manera dejaré que se acerque a la niña. Basta con que sea hijo de Lope, para tener para mí, la peor recomendación. No, no lo consentiré.

—De común acuerdo, las dos mujeres, se propusieron a evitar a todo trance, que Anita viese a su amante y la prohibieron hasta ir a misa, sola.

Desde aquel día, Luís, no volvió a rondar la casa de su novia y ésta se mostraba tranquila; ocupada en los quehaceres de la casa.

Las dos mujeres, se complacían al ver la obediencia de su pupila y si continuaba así, tendrían confianza en ella, dejándola salir de nuevo.

Si las centinélas, hubiesen mirado a la torre del vecino templo, habrían visto aclarada toda la pasividad de la astuta jóven.

Allí, en el campanario, era el sitio de opera-

ciones por el momento.

Luis, subía a lo alto y de allí se veía perfectamente el patio de las Beltrán; de allí veía a su novia, ésta de vez en cuando recogía una piedrecita, la cual venía envuelta en una carta y que, certeramente arrojaba su amante, de su atalaya, cayendo a los piés de su prometida. De aquí la pasividad y mansedumbre de Anita. Sus vigilantes, no tenían ya, suficiente vista para descubrir al galán apostado en las ojìvas de la torre y así continuaban aquellos amores a pesar de la oposición de doña Elvira.

***

Luis y Ginés, continuaban en tanto, cultivando sus buenas relaciones y conversaban frecuentemente de los proyectos matrimoniales del jóven Rivera. Este, no había engañado a su novia, era en verdad, hijo de Lope y de su esposa Margarita, el niño que ella mencionaba en su carta, como ya hemos descríto en las páginas anteriores, durante la despedida de Lope y Elvira.

—No sé, en verdad, que motivos tendrá doña Elvira, para oponerse a mis amores con Anita, decía a Ginés, ella no me conoce, pero parece que conoce muy bien a mi padre, según me refiere Anita en una de sus cartas. Y a la vez, me refiere el gran disgusto que ha tenido por este motivo, con sus protectoras. Parece que doña Elvira, trató a mi padre, de "villano y faláz", por estos apóstrofes, deduzco que le conoce.

—Y tú no presumes que será ello, Luis?

—No. Pero sé por mi madre, que mi padre permaneció varios años en Costa Rica, cuando yo era muy niño, y que residìa en Cartago. Sé, que fué desterrado, a causa de una guerra civíl, en la cual tomó parte siendo extranjero. Yo era muy pequeño, cuando regresó a nuestro hogar en Panamá.

Mi madre le recibió con júbilo, pero poco después de su llegada, no sé que ocurrió entre ellos y mi padre era adusto con mi madre. Separaron sus habitaciones y solamente se veían a las horas de comer, en la mesa. Creo que la causa fué un retrato, que mi padre llevaba siempre sobre sí. Así han vivido años, separados.

Más adelante, de común acuerdo, vinieron a vivir a San José. Mi padre tomó carta de naturalización en el país y aceptó el puesto del Gobierno que actualmente ocupa.

Por lo que me dice Anita, en su carta, algo existe, misterioso, pues sólo el nombre de mi padre, casi vuelve loca a doña Elvira. Esto me intriga.

—Verdaderamente, es caso raro, y ¿que piensas hacer, Luis?

—Pienso, ponerme de acuerdo con Anita, y si ella conviene, la saco de su casa y la deposito. Haré las diligencias del caso y nos uniremos, cuanto antes.

—No sé, Luis, pero preveo algo anormal en esos amores, yo, en tu lugar, renunciaría a ellos. La cosa se complica y embrolla y no parece muy satisfactorio el resultado. Piensa, amigo mío, el paso que vas a dar y no te precipites.

—Escucha, Ginés: te agradezco tus buenos oficios en esta causa; comprendo que tienes razón, pero perdona que no atienda tus palabras.

Si Anita acepta, la saco de la casa y la deposito en casa de tus primas, las Peñas; ya las he hablado sobre el asunto y estan de acuerdo en tener en su casa a Anita, en tanto nos casamos.

—No sé como mis primas se comprometen así . . . . no creía que sus ideas fuesen tan poco escrupulosas en ese sentido. En fin . . . . allá ellas.

—Ginés, ya te buscaré para decirte mi última

determinación.

Hablaré a Anita y ella será quien resuelva el asunto, dijo Luis.

Los dos amigos se separaron y Ginés, profundamente disgustado se alejó, pensando y diciéndose: no sé que empeño tiene Luis, en sembrar abrojos en su camino ¡qué manojo de flores recojerá de ellos! Quiera Dios, que las espinas no se le claven en el corazón! y tristemente entró en su morada.

***

Pocos días después, a la sombra de los añosos higuerones que circundaban la plaza de Cartago, conversaban los jóvenes Luis y Ginés.

—Ya está todo arreglado, decíale Luis, he podido conversar con Anita y convencerla de que salga de la casa, pues de otra manera, no es posible nuestra unión. El martes próximo, a la media noche, saldrá de su casa; yo la esperaré a la puerta y de allí la conduciré a la casa del Gobernador directamente, tus primas me lo aconsejaron así.

—Está bien combinado el plan. Pero ¿no dices nada a tus padres, Luis? Estas resuelto a no acatar su autoridad?

—Completamente. Ellos están desavenidos y por lo tanto no me seria posible ponerme de acuerdo con los dos. Ah! si ellos estuviesen unidos .... entonces, marcharían acordes .... pero esto no tiene remedio! Yo debo arreglar mis asuntos según mi criterio. Cuando sepan algo, será mi boda efectuada, antes no les diré nada ni una palabra.

—Luis, tu sabes cuanto te estimo, permíteme que le avise a don Lope el paso que vas a dar, es necesario hacerlo ¿que dirán tu padre y doña Margarita?

—Te autorizo para hacerlo, pero no antes del lunes, es decir el martes, el día que Anita salga

de su casa. Dado este paso, nadie puede interponerse entre nosotros y forzosamente nos casaremos.

Yo, soy mayor de edad y tengo mi herencia propia, que me legó mi abuela materna, así es que no habrá obstáculo por este motivo.

—Pues bien: quedamos de acuerdo. Avisaré a tu padre y veremos que resulta de todo ésto, decía Ginés, en tanto paseaban bajo los copudos árboles de umbroso y oscuro follaje.

***

Anita, estaba muy inquieta; por medio de cartas y por último una entrevista, por la ventana enrejada, con su amante, se habían puesto de acuerdo para su escapatoria nocturna. Tenía comprometida su palabra con su prometido Luis.

Mucho deliberó, la pobre niña, sin otro consejero que su carácter, su amor y la presión que sobre ella se ejercía. El único apoyo era Luis, y, éste, obcecado como ella, creía que solamente faltando a los deberes sagrados del hogar y el respeto debido a sus jefes, podían llenar sus aspiraciones matrimoniales. De esta aventura, creía salir airosa; tenía fe en su novio y esperaba que él, se portaría caballerosamente con ella y confiaba en su amor. Ella no pensaba en las funestas consecuencias de una fuga del hogar, acto que denigra y degrada la virtud de una doncella, no pensaba en esa hora fatídica en que comprometía su porvenir para siempre.

Resuelta ya del todo, optó por escribir una carta de despedida a su madrina; dejar aquel hogar en el cual, siendo una huérfana desvalida, encontró amparo, protección y un ilimitado cariño, dejarlo para lanzarse en brazos de la suerte. ¡Incauta jóven!

Aquella noche, cuando todo el mundo dormìa, ella velaba, escribiendo la carta en estos términos:

"Querida madrina:

Como Ud. se opone tenazmente a que vea y converse con Luis, hemos dispuesto casarnos.

Nosotros no podemos vivir: tantos disgustos para Ud. para él y para mí.

Como es imposible del todo, llegar a un acuerdo con Ud. hemos pensado, llevar a cabo nuestra unión, saliendo yo de esta casa. Seré depositada en casa respetable en tanto que Luis, practique las diligencias del caso y luego nos casaremos en la Parroquia, en la primera misa.

Yo estoy muy agradecida a sus bondades, así mismo de doña Agueda, pero a pesar de todo, no puedo sacrificar mi amor.

Perdóneme, Madrina, y espero que Ud. no se molestará mucho con la resolución de su afectísima ahijada.

Anita Castro".

Terminada la carta puso el sobre:

A doña Elvira Beltrán V.

E. S. M.

Cerrando la misiva, la guardó para mejor ocasión y se tranquilizó un tanto.

Pasó la semana sin novedad alguna, para nuestros personajes.

Se aproximaba el 2 de Febrero, día de la Virgen de Candelaria.

Doña Elvira y Agueda, en vista de la obediencia de Anita y notando que Luis, no se veía por aquellos contornos, resolvieron dar un paseo a la villa del Paraíso, como premio a la buena conducta y comportamiento de su protegida.

La Virgen de Candelaria, es la Patrona de la Villa, y, se practicaban en su honor, grandes festividades religiosas y a continuación, mascaradas, corridas de toros y fuegos labrados, etc. etc.

Las Beltrán, dispusieron ir a la festividad religiosa el 2 de Febrero, el día de la Virgen y de mayor solemnidad y regocijo.

"La Virgen de Candelaria, fué traída a Costa Rica, el año de 1565. El Rey Felipe II, la obsequió a Fray Lorenzo de Bienvenida, bajo la advocación de Virgen de la Concepción.

Esta imagen, se veneraba en el Convento del valle de Ujarráz, del cual, aún existen ruinas, entre los árboles y matorrales.

Cuando la malaria llevó a la tumba casi en su totalidad, a toda la población, que allí había sido erigida, los pocos sobrevivientes, huyeron a las alturas, y allí se edificó la villa del Paraíso. Allí condujeron la imagen de la Virgen.

Esto acaeció, según datos históricos, en el año de 1833.

Hace, más de tres siglos, que esta venerada imagen fué traida a Costa Rica. Los paraiseños, la veneran bajo la advocación de la Candelaria.

A esta Virgen se le atribuyen sendos milagros; siendo el más notable, la retirada de los famosos piratas Morgan y Mansfield, que en 1666, desembarcaron en Costa Rica, poniendo en un conflicto, a los pocos habitantes que residían en el territorio.

Don Juan López de la Flor, Gobernador y Capitán general, de la entonces provincia de Costa Rica, hizo poderías con un puñado de hombres para hacer desalojar del país a los piratas y su gente; éstos, viéndose atacados sín cesar, abandonaron el país.

Los costarricenses, en vista de esta retirada, no podían creer que fuese por la energía y valor desplegados por de la Flor; sino por intervención divina y se dijeron: "esto es un milagro de la Virgen de Candelaria" y así se creyó.

Más tarde la leyenda, refiere que la Virgen fué hasta Matina a echar fuera a los piratas; pues según se refiere, existe allí, sobre una piedra un pequeño pie grabado, como esculpido, que se le atribuye de la Candelaria, esta es creencia popular. Así mismo, las creyentes campesinas, de antaño, referian que la Candelaria y la Virgen de los Angeles, son *primas*, que ambas vestidas humildemente se visitan en los llanos del Paraíso. La Negrita de los Angeles, llega donde la espera la de Candelaria, y se encuentran y reciben. Cuando la Candelaria ha hecho alguna larga caminata, según las creyentes, suda y el Cura recoge el sudor con un algodón.

En 1723, como ya hemos descrito anteriormente, fué llevada a la ciudad, por el Gobernador de la Haya, para que aplacase la furia del volcán Irazú, en su penúltima y enorme convulsión sìsmica.

En 1877-1878, fué llevada en procesión al valle de Ujarráz, para ahuyentar la langosta, chapulín que asolaba el país en esos años.

A visitar esta milagrosa imagen de María, era el paseo proyectado por las Beltrán.

El lunes dos de Febrero, muy temprano, todo estaba dispuesto para la gira campestre.

Una carreta bien enfoldada, con mullido colchón en ella, servía de vehículo conductor a las *Señoras de la casa*.

Una enorme cesta que contenía varias viandas fiambres, perfectamente preparadas, fué colocada en el fondo de la carreta. En aquella cesta se había puesto: una gallina rellena; un lomo arreglado al vapor; empanadas y pasteles; queso, pan, tortillas y cajetas, todo muy bien preparado.

***

Los destellos del alba, teñían el Oríente, cuando José, el hermano de Anita, uncía los bueyes a la

carreta. Pocos minutos después, las viajeras, cómodamente instaladas en el mullido asiento, emprendían la marcha hacia el Paraíso.

El mes de Febrero, es el mes primaveral en Cartago; todo verdea; todas las plantas estan florecidas y bandadas de pájaros, alegran los campos, con sus trinos, cantos y gorjeos.

Los bordes de la carretera, por la cual pasaba la carreta, semejaban jardines: rosas enredadoras, tendiendo sus largos tallos, en forma de guirnaldas perfumadas; las panojas del tuéte, blancas y de un dulce perfume, suave y delicado embalsamando el ambiente hasta largas distancias, Los porós, con sus ramilletes rojos, cual una panoplia, repleta de sables, espadas y cuchillos. Los rugosos "güitites" de aspecto secular, cubiertos de racimos de uvas dulces y doradas, que forman el delicioso desayuno de los vistosos pájaros, que sobre sus ramas riñen, por obtener el mejor racimo. Rosas de Cartago, de escasos pétalos, pero de color y perfume agradables. Junto a las aromadas flores, la zarza-mora, extendía sus espinosos cordones, de los cuales pendían los racimos de fruta y los ramilletes de flores blancas. Chirrites, de muy variados colores; pudre orejas, con sus campanillas azules y moradas, trepando por los troncos de los árboles o discurriendo sobre los setos y vallados.

Millares de flores del campo, lucían sus gayas corolas, sobre el verde tapíz de los prados, cuya inmensidad de grama va a perderse, a lo lejos, bajo la sombra de los añosos higuerones, targuáces, guachipelines; etc. etc. Extensos novillales, se extendían a la vista de los viandantes. Los mozotillos y setilleros, entre cantos y disputas, daban buena cuenta de la semilla de estas crucíferas de nuestra flora. Sus florecillas de oro, ondulaban con la brisa matu-

tina y a compás del gorjeo de los conirrostros, que reboloteaban por doquiera o ya posados sobre las flexibles ramas.

Media hora de marcha, llevarían nuestras viajeras, cuando se encontraron en los Llanos del Paraíso, conocidos vulgarmente con el nombre de: "Llanos de doña Ana" Llevan este nombre, estos llanos, debido a que su dueña fué, doña Ana Cleta Arnesto de Troya, dama conocida en la historia de Costa Rica, no sólo por su caridad y protección a los desvalidos, a quienes donó, en su testamento, todos sus bienes. Dejó al morír cuantiosos bienes, con los cuales hoy día, se sostiene el Hospital de Cartago. Su nombre es bien conocido y recordado por los Cartagineses, no sólo por estos actos caritativos, sino por haber tomado parte activa en la política de aquellos tiempos.

Estos llanos, grandes, cubiertos de grama, en los cuales pastan manadas de ganado vacuno. Existe allí una laguna, brillante como un espejo, en un marco de verdor. En sus límpidas y apacibles aguas, bañaban sus plumas, una bandada de patillos, zarcetas y hermosas garzas blancas y grises, que, como todos los veranos venían a bañarse y a pescar "barbudos" y "olominas" La carretera bordea estos grandes prados o potreros. Una multitud de pajarillos, atacaban profusamente aquellos campos y era de admirar la vitalidad y alegría que comunicaban al paisaje. Si nuestras paseantes, no estuviesen tan abstraídas y preocupadas con sus ideas, habrían gozado mucho aquella mañanita de febrero, contemplando todo aquel cuadro lleno de encantos; aquellas nubes blancas que huyen del Sol; aquel Sol naciente, que derrama su cabellera de oro sobre los campos y enreda sus hebras en los árboles y el follaje de las plantas; aquellos añosos árboles,

cubiertos de orquídeas y soltando al viento, aquel largo musgo gris a semejanza de una cana cabellera, aquellos montes siempre azules, orlados de nubes y coronados por una juventud eterna! . . . pero ellas. . . . con un caos entre sí ni veían ni oían aquel concierto de belleza natural. Quien no está contento en sí mismo, no puede apreciar la belleza universal, y esto les pasaba a las tres mujeres: ellas no estaban satisfechas de sí mismas.

***

Llegaron al Paraíso, a la hora en que las campanas llaman a la misa. José llevó la carreta y los bueyes a un sesteo.

Elvira, Agueda y Anita, entraron en el Templo a oir el Oficio Divino, que, como de costumbre estuvo amenizado, además de la música religiosa, por un tiroteo de bombas, bombetas y recámaras, semejando un bombardeo, como es costumbre en los pueblos "ticos".

Terminada la misa, las viajeras, pasaron a satisfacer sus necesidades estomacales. Mientras almorzaban, discurrían en qué emplearían el resto del día, pues deseaban regresar a Cartago al anochecer.

—Si fueramos a visitar el salto de Páez? propuso doña Elvira, qué les parece?

—Es buena idea, dijeron sus compañeras. Vamos, es una bonita vista, dijo Agueda que ya había estado allí, hacía años. Anita no le conocía.

Se dirigieron, seguidas de José, hacia la Hoya de las Conejas y después de un buen trecho de camino, en el que se daban varias vueltas y revueltas, después de cerca de una hora de camino a pié, se encontraron en alto del Valle de Ujarráz.

Anita, no conocía aquellos parajes y de su punto de observación, no dejó de admirar el panorama que a su vista se extendía. En primer término; el

salto. Este mide 60 pies de altura, chocando en la mitad de su caída en una roca saliente, que le hace estrellarse, formando un bonito juego de agua; para continuar nuevamente, su larga cinta de plata, hasta caer en el valle, recorrerle y por último ir a echarse en brazos del río Macho y unir sus aguas a aquellas. Este río Macho, es el Reventazón, que en este lugar se denomina "Macho", el río más caudaloso de la vertiente del Atlántico. El Páez, después del salto, recorre mansamente aquel frondosísimo valle, rico en variados cultivos, pero sumamente palúdico.

Allí, entre el verde follaje, levanta sus ruínas el antiguo Convento que fué erigido allí, hace más de 300 años. Aun se vé algo del pórtico del templo destruído, parte del altar y muros a medio derrumbarse, todo aquello da un aspecto de belleza singular, al hermoso valle de Ujarrás. Este valle a la otra ribera del río, toma el nombre de Orosi y de Cachí, todos ellos, nombres indígenas.

Este valle, en forma de herradura, al amanecer esta cubierto por una densa neblina o más bien una nube, le ocupa en su totalidad, debido a la mucha agua que encierra en su gran cuenca. El espectador, del alto, ve aquel vapor de agua, que, como un tul blanquìsimo, se extiende bajo sus pies.

Cuando el Sol asoma su faz radiosa, detrás de las cordilleras de Talamanca, se opera en el valle una metamorfosis. La niebla, desaparece como por arte mágico, quedando el valle libre de la especie de bruma y presentándose a vista del observador en toda su belleza.

El verde en todos sus tonos, debido a los diversos cultivos que le cubren; el río, recorriendo majestuoso, todo el valle, cubierto de blancas espumas y formando isletas. En la lejanía casas disemina-

das entre aquel verdor, como copos de nieve y semejando juguetes de niños, debido a la distancia que nos separa de ellas.

Todo este bellísimo panorama, se destacó ante las excursionistas, pero ellas no sentían ningun entusiamo ante aquellas maravillas. Regresaron a la Villa y poco después, rodaba la carreta hacia la ciudad. Las sombras de la noche envolvían la población y en los templos se doblaba a las Animas, cuando llegaron a su casa de habitación. La puerta de campo, rechinó sobre sus goznes y la carreta con su carga, penetró al patio de la casa, parando bajo algunos cipreses.

—Te has divertido Anita? le preguntó su madrina.

—Si, señora, he estado muy contenta.

—Ya ves, has sido obediente y he querido premiarte con este paseo. Como continues así, qué feliz y contenta estarás y, estaremos todas!

***

Aquella noche se durmió poco y mal en aquella casa: Elvira, había pillado una jaqueca; Agueda, sentía que sus huesos se rompían, a causa de los va y venes del pesado vehículo y Anita, pensaba sin cesar, en el aventurado paso que daría veinticuatro horas más tarde.

Amaneció por fin el martes: día aciago y tenido como desgraciado, entre las personas superticiosas.

¡Qué aspecto tan desconsolador presentan los hogares, cuando la paz del alma, ha huído de sus moradores! En esos hogares, no se aprecia el canto de los pájaros; en vano las flores, abren sus corolas y despiden sus aromas, ni una mirada para ellas; el perro favorito, marcha triste y cabiz bajo, sin encontrar ni un halago a su paso; en fin, todo es prosa y prosa árida y acibarada.

No son las desgracias de la vida, causadas

por la muerte o la ausencia de los séres queridos, lo que hace la vida desesperada, no. La resignación cristiana y el bálsamo de la fe, nos alientan si marchamos tristes y abatidos, pero esperando en Dios. En cambio, los actos irreflexivos de la vida o los actos llevados a cabo por capricho o tenacidad de carácter, arruínan la vida y no hay fe que aliente ni esperanza en Dios que conforte, porque hay una espina clavada en el corazón que no deja reposar. La conciencia, alza la voz y es imposible tranquilizarse ni tener paz.

La casa de don Diego, había llegado a ese estado de desolación.

Los semblantes hoseos y sombríos de sus moradores, habían hecho huír a sus amistades y las constantes recriminaciones y lamentos (de ellas), volvían allí la vida insoportable. De aquí, que Anita, llena de vida y juventud, estuviese hastiada. Se necesita tener un gran fondo moral y una gran educación cristiana, para vivir en unión de personas de carácter *agrio* como lo eran Elvira y su aya. Anita, no tenía esas grandes cualidades, y en medio de aquel ambiente tétrico y silencioso, se ahogaba. Si ella, hubiese tenido alguna persona amable a su lado, a buen seguro que no se habría ofuscado, creyendo que dejando aquella vivienda, cambiaría su porvenir.

Todo aquel día, lo pasó la jóven, en sus quehaceres, que ejecutaba como una autómata.

La noche, se presentó espléndida; la luna brillaba en todo su esplendor, en las primeras horas de la noche. Anita, estaba impaciente de aquella luz, que en otras ocasiones fué su confidente y consuelo.

Un suave rumor de hojas movidas por el viento, llegaba hasta ella. La brisa nocturna hacía moverse

los cipreses del patio, cubiertos por una bellísima en flor, parecia entonar un canto fúnebre. Un yigüirro, que andaba allí, tomando la luz lunar por la del alba, dejó oir sus modulaciones, por unos cuantos minutos, sumiéndose nuevamente en el silencio la casa de las Beltrán. Anita, estaba impaciente, ella no dormía; velaba junto a la puerta; la hora de la fuga se acercaba y la luna no se obscurecía; qué hacer?

A la media noche, un vientecillo, trajo en sus alas, un hermoso cúmulo que parecía reposar en la sierra de Talamanca y llegó oportunamente a sumir en tinieblas la ciudad.

Nuestra jóven tomó la carta de despedida a su madrina y la colocó frente al comodín de Nuestra Señora de los Angeles y sigilosamente salió a la calle; allí la esperaba Luis, la tomó del brazo y pronto desaparecieron por la calle vecina.

***

Luces policromas teñían el Oriente; el cielo gris, surcado en la parte del Levante, por franjas rosadas y amarillas, parecían formar un gigantesco abanico, cuya empuñadura, descansaba, al parecer, en el volcán de Térraba. El sol, enviaba su heraldo matutino y los albores del día, engalanaban el espacio. Del pavimento o suelo de la ciudad se levantaba, como siempre, la blanca neblina, que envolvia la población y lentamente ascendía hacia lo alto. Los yigüirros y otros pájaros, formaban un concierto desesperado, en los árboles de la plaza y en los solares de las casas.

Rebaños o manadas de vacas eran conducidas por sus pastores a las casas de sus dueños.

En casa de las Beltrán, éstas, se preparaban para ir a misa y, notando que Anita no salía de su cuarto, fueron allá a indagar la causa del retraso

de su protegida.

La cama, estaba intacta y fría; allí, no había señales de haber reposado la niña. Aquel lecho frio y abandonado intrigó a las protectoras.

—Veamos, si está en otro sitio; quizá haya madrugado mucho, decía Elvira. Cada una tomó por su lado en busca de la fugitiva. A poco se oyó la voz de Agueda, que había encontrado la carta y llamaba a "su niña".

—Elvira, mira, una carta para tí; de Anita, temo que haya cometido un disparate, decía, en tanto se la entregaba a su dueña. Leamosla.

Enteradas de su contenido, los lamentos y exclamaciones llenaron la estancia, tanto, que Roque llegó presuroso a indagar la causa de aquellas lamentaciones.

—Roque, la ingrata Anita, se ha fugado, esto nos tiene apenadísimas, díjole Elvira al verle llegar.

—No se apene, doña Elvira, eso es muy corriente entre los recojidos, casi siempre le *dan a uno por la cabeza*. Ya, yo me lo estaba temiendo, contestó y a continuación salió de la sala.

Mira, la ingrata! después de haberla educado y criado con tanto cariño! Cómo se ha burlado de nosotras! Qué hipócrita es! decía.

—Ay, Elvira! Son muy pocos los huérfanos agradecidos! Generalmente dan esta recompensa; son ingratos y ruines. Ya tú ves? ¡que le ha faltado a esa niña a nuestro lado? decía Agueda.

—Es necesario tomar una medida; no dejarla hacer su gusto. Veré al Gobernador y me quejaré. Es atrevida esa chica. . . . salir así. . . . a media noche. . . . dejar su hogar! ¡Que carácter tan diferente al de su hermano! Este nunca nos ha dado ni un solo disgusto. Qué le ha dado a esa niña, para ennamorarse de esa manera?

¡Ah! juventud, juventud irreflexiva. . . . sí, nos ciega la tenacidad!

Es necesario evitar ese abominable enlace, dijo de pronto, terminando.

Me parece bien que hables al Gobernador: yo hare otro tanto al padre Granados, con el mismo fin, dijo Agueda, después de meditar un poco, quizá, se pueda conseguir algo con él, pues recuerdo que él tiene una rcomendación del padrino de la niña; le veré enseguida.

Ambas mujeres, tapadas con sus mantos salieron a la calle, persiguiendo el mismo objeto: evitar aquella boda.

En esta misma hora Ginés, partía a San José a dar avíso a Lope, del casamiento de su hijo: en aquella época se necesitaban dos o tres días para llegar a la capital y regresar nuevamente a Cartago.

***

Salidas las dueñas de la casa, entró en la habitación Mariquita, escoba en mano. Mariquita, era una indiecita, muy guapa, jóven y muy *valienta*. Tenía el cabello lacio e indómito, como sus antepasados que no admitía sujeción, así era aquella cabellera negra, no permanecía trenzada ni una hora; caían de ella cintas y cordones. Unos hojos negros y muy dulces adornaban la cara ancha y de pómulos salientes; era *ñatilla*, con boca graciosa, hoyuelos en las mejillas y una dentadura magnífica, capaz de masticar el maíz crudo. Unos buenos brazos, de color rojiza la piel, y toda ella bien redondeada, una guapa india de Tucurrique. Vestía falda con volantes de zaraza rosada; camisa de gola con adornos de lentejuelas y un pañuelo de seda rojo, colgando por las puntas paralelas, al cuello. Llevaba zarcillos de coral y un collar de la misma especie. Era la de *adentro* y tenía la obligación de lavar,

planchar, limpiar la casa y servir la mesa. El Gobernador, la había entregado a doña Elvira *por tinta y papél*, como decían los demás sirvientes, de la casa. Era huérfana de padre y madre. La muchacha, era buena y prometía mucho. A las cuatro de la mañana ya estaba en pie y *llamando a la suegra*, con la piedra de moler maíz (1)

Ella tenía que quebrar la masa, para que la cocinera hiciera las tortillas.

Era alegre y pizpireta, siempre dispuesta al trabajo y de buen genio.

Aprovechó, aquella mañana, la salida de las "patronas" para arreglar la sala y en eso se ocupaba cuando entró Roque.

Las Beltrán habían salido atropelladamente y habíanse dejado la puerta abierta, cosa que nunca sucedió en casa, hasta este día.

—Mariquita, mira si las niñas están medio chifladas, cuando han salido dejando la puerta abierta, cosa que no se había vuelto a ver desde la muerte del General. ¿Qué te parece la tal Anita? ¡qué despreocupada, verdad?

Para eso recojer huérfanos ¡jum! dedía el anciano.

—No todos son así, Ñor Roque, ya ve Ud. a José, el hermano, que cumplido es, y como cuida todo lo de la casa.

—Es verdad. El muchacho es bueno, no hay ni que mandarlo, todo lo hace. . . . pero la muchacha no se ha portado con las patronas.

Qué necesidad tenía ella de fugarse de la casa, para casarse?

No te parece, preguntó Roque.

—A mi me parece malo, Ñor Roque.

—Tienes razón. Cuando nosotros nos casemos,

(1) Llamar la suegra según las campesinas: es el ruido que hacen las piedras al chocar y principiar a quebrar el maíz.

lo haremos como Dios manda. . , . salir de la casa ya casados. . . . verdad Mariquita?

Si, esa es su gana, Ñor Roque . . . . pero nó . . . . está Ud. "*cacreco*", (1) y no estoy por las viejas. . . . cásese con la niña Agueda, si quiere. . . . y soltó la carcajada, de imaginar la pareja de novios.

—Con que me das calabazas? Ay! ay! hijita, me pones triste el corazón. . . . Yó, que tenía mis ilusiones, mis sueños dorados! . . . como dice aquel libro grande, que leo todos los días. . . . terminó satisfecho de su discurso.

—Si señor: le doy un par de calabazas muy grandes. Ya veo que Ud. se burla de esta "chola", (2) y tome mi mano de amiga y. . . . nada más, dijo dándole la mano, que el viejo estrechó.

—Si, si, yo sé, que tienes tus proyectos respecto al guapote de José; tienes razón, el es jóven . . . . pero hablemos seriamente. Temo que doña Elvira, vuelva a enloquecer, con estos disgustos. ¡Pobre señora, ha llorado tanto en su vida! Aquí lo malo ha sido el chineo (3) que le han dado a Anita. En todo le han dado gusto; nunca la han reñido por nada y a los muchachos hay que corregirlos, decía Roque.

—Si señor, a la familia no se le debe criar dándoles cuanto quieran y pidan, si eso no se puede dar. Cuando yo vivía con mi *mama*, me acuerdo que me ponía a trabajar, y si no cumplía la tarea, se ponía brava. Y dice el dicho: "es mejor que lloren, que no, que hagan llorar" Ya acabé la tarea. Voy a arrimar los "caracoles" (4) al fuego para hacer la *planchada*.

---

(1) Cacreco, viejo inutil.

(2) India.

(3) Mimo.

(4) Antes planchaban con grandes caracoles calientes al fuego, en vez de planchas.

Y yo voy a la plaza a hacer las compras, porque creo que no dejaremos de comer, porque se haya ido esa locona de Anita. . . . Cómo no me pase hoy, lo que me pasó ayer en la plaza! . . . como yo hablo de "tú" lo llevan a mal. . . .

Y, qué le pasó, Ñor Roque.

—Si vieras lo que me he reído por éso: había dos muchachos vendiendo zapayitos y le pregunté a uno: A como tienes los zapayitos? A cinco por medio. Y tu? pregunté al otro. Y lleno de cólera me dijo: *Más tú, sos tí y tu mama,* viejo chancludo, que viene a *ofenderlo* a uno por que lleva *calzas.* (1) Yo no me acordé que hablar de "tú" al pueblo era ofensivo, pero como me acostumbré en casa del General, no recuerdo esa nimiedad.

Riendo los dos de la ocurrencia, se dirigieron al interior de la casa.

***

Elvira y Agueda, regresaron de sus respectivas diligencias, en sus semblantes, se leía el desaliento. Había fracasado indudablemente.

—Nada, Agueda, imagina que Anita, está depositada en casa del mismo Gobernador! . . .

—Y qué opina él? preguntó.

—Que, como Anita es huérfana y quiere contraer matrimonio, no puede oponerse a ello,

—Bien. Pero tú no le dijiste que Anita es menor de edad y que tú eres su madrina?

—Todo se lo dije: pero ella, se acoge a la protección del Gobernador y se niega a volver con nosotras, como no es entregada judicialmente, no puedo obligarla. Le dije que siendo recomendada a la vez, al Sr. Cura Granados, este podía hacerla volver a casa, y se me contestó que él la autorizaba y consentía en que se casase.

---

(1) Cierto.

—Vaya, si consiente! cómo que él será el padrino de la boda. Yo hablé a él, y me dijo que tanto Anita, como Luis, habían tomado su consentimiento y que no podía negarselo y le rogaron bendijese su unión.

El jueves, en la mañana, se casarán.

Quedóse Elvira pensativa y por último exclamó:

—Agueda, el jueves haremos lo posible, por impedir esa boda. He de alegar que esa niña la criamos nosotras y, por lo tanto tenemos ciertos derechos sobre ella.

—Pero, Elvira, nada adelantaremos. María no hizo entrega de ella a tí, ante el Juez, no hay derecho ninguno sobre ella. El único derecho, seria que ella fuese grata y que ella viera de ser agradecida. Anita, es la que procede mal; olvidando los favores que le has prodigado durante tantos años. Es injusta e ingrata; siento el decirlo, pero su corazón no es bueno, tiene mal fondo. Respecto a que lleve a cabo su matrimonio, no podemos hacer nada, puesto que el Gobernador y el Cura dan su autorización.

—Nada podemos hacer, Agueda! dijo compungida Elvira.

***

Amaneció el jueves, día señalado para la boda de Luis y Anita. Las campanas parroquiales tocaban alegremente, llamando a misa a los fieles.

Pocos momentos después apareció la bella novia ricamente ataviada. Una túnica, color celeste, de seda, servíale de traje; un chal de la misma tela y listas blancas, llevaba por los hombros; calzaba zapatillas de raso blanco. En el peinado, lucía ricas peinetas de oro adornadas con grandes perlas, según la moda en uso, y que la sentaban divinamente, haciendo realzar la belleza natural de la jóven. Luis,

iba a su lado, luciendo un flamante traje de aquella época, y respirando felicidad.

La familia del Gobernador y él mismo, acompañaban a los prometidos.

Agueda y Elvira, cubiertas con sus mantos, les aguardaban junto a la mampara.

El sacerdote y un monaguillo, les esperaban; como así mismo Ginés, que era padrino de Luis.

Llegados al templo se colocaron en sus respectivos puestos; los novios y los padrinos.

Se preparaba el Padre Granados a leer un escrito que llevaba cerrado en su mano, cuando entró precipitadamente, un caballero al templo. El desorden de su traje y la ansiedad que tenía marcada en su rostro, demostraba que estaba profundamente contrariado y que llegaba de algún sitio lejano.

—Deteneos! Deteneos! No pueden casarse! gritó en vista de que la ceremonia iba a comenzar.

—Hay impedimento? preguntó el Cura.

—Si lo hay; yo se lo impido; soy su padre! contestó el intruso.

Realmente, aquel hombre era Lope Rivera, el padre de Luis; envejecido, agitado y convulso, no tenía semejanza alguna con el apuesto jóven que conocimos diez y ocho años atrás.

Ginés había cumplido su palabra; habíale avisado, como ya supimos anteriormente.

Luis, atónito, se acercó a su padre y este, al verle, le dijo:

—Tú no puedes casarte! Te lo prohibo!

—Padre mío, soy mayor de edad, contestó aquel, resueltamente.

—Si es mayor de edad, puede tomar estado, aunque se oponga su padre, si así lo desea el jóven, terció el Cura. Pero, aguardad, ante todo, debo leer este escrito que me entregó la madre el día que la

buaticé, para que se lo leyera a su niña el día de su boda o de su mayor edad. Oidme pues.

"Yó, María Gómez de Castro, hago constar que la niña bautizada con el nombre de Anita, por el Padre Granados y siendo a la vez su padrino, en representación del verdadero, desconocido, no es hija mía.

Esta niña me fué entregada a mi para que la criase, habiendo muerto mi propia hija, tomé esta niña como mía. Me fué entregada en Febrero del año de 1823, por una mujer llamada Lucía García. . . .

—Oh! mi hija, mi hija perdida! gritó Lope. Anita, es mi hija perdida! ¡Santo Cielo!

—Cómo así? gritó Elvira con espanto; y pálida y trémula se adelantó hacia Lope.

—Elvira! tú. . . . tú! Anita, es nuestra hija perdida, lo oyes?

—Oh! que expiación tan espantosa! ¡exclamó echándose en brazos de la azorada Agueda y próxima a desfallecer.

—Padre mío, no es Ud. esposo de mi madre? preguntó Luis.

—Oh! hijo mío! Perdona a tu padre que en un momento de locura. . . . dijo aquel.

—Es ésta la felicidad que Ud. me prometía? continuó el jóven.

—Perdóname hijo, perdona que haya destruído tu felicidad, continuó el padre.

—Eso es una calumnia infame, para impedir nuestra boda. Las pruebas, las pruebas, gritó Luis frenético.

—Dejadme terminar el escrito y veremos que es ello; exclamó el clérigo. Continúo.

". . . . una mujer llamada Lucía García, ésta, a su vez me recomendó el secreto y me entregó una carta para que la leyese a Anita el día de su boda o de su mayor edad.

—Mi carta, murmuró Lope.

El Cura, quiso dar a la novia, la cerrada misiva que adjunta al manuscrito, se encontraba. Anita, incapacitada para hacerlo, debido a la sorpresa, rogó al Cura que la leyese, decía así:

"Hago constar que la niña que entrego a Lucia García, es mi hija y de doña Elvira Beltrán. No puedo reconcerla ni legitimarla, por ser mi estado de casado, en Panamá.

Dejo a la niña, que debe llamarse Ana María del Carmen, depositado en el Banco Nacional, la suma de seis mil pesos $ 6.000, que serán entregados a la niña a su mayor edad y los intereses devengados durante veintiún años.

Si la niña muriese, pase esta cantidad a los pobres de Cartago.

Dicha suma está colocada en el Banco a nombre de Anita Beltrán. El día, que ella lea esta carta, podrá tomar posesión de ese legado, si cree conveniente.

Cartago, febrero de 1823.

Lope Rivera."

Los oyentes quedaron sumidos en un silencio sepulcral.

Anita, atónita, muda, miraba a su alrededor con mirada enloquecida. La escena era tétrica y emocionante, en verdad.

Elvira, lívida y desencajada, se apoyaba en Agueda, no menos trémula.

Luis, desesperado, miraba a su padre y éste triste y abatido no acertaba a levantar sus ojos del suelo.

Los padrinos confusos, y el pobre Ginés, con un mundo de penas en su rostro, miraba tristemente a su amigo.

El Cura, estaba desorientado y no acertaba a proferir palabra.

Lope, rompió el silencio y acercándose a Elvira la dijo:

—Elvira me perdonas?

—Don Lope, nada hay de común entre nosotros. Este es el condigno castigo de nuestra falta. Nuestros hijos, pobres inocentes criaturas, reciben el castigo de nuestros errores ¡que pena tan terrible, Dios mío! ¡Cómo sufro! terminó aquella desgraciada.

Madre mía; perdóneme Ud. los disgustos que le he proporcionado, dijo Anita, abrazando a su madre bañada en lágrimas.

—¡Hija de mi alma! Tantos años junto a mi y sin saber que lo eras! Mi corazón te adivinaba, cuánto te he amado y amo! Ah! sin pensarlo, he consumado tu desgracia! ¡que madre tan infeliz soy! y estrechaba a la jóven contra su destrozado corazón.

—Hermanos! Hermanos! decía Luis. Esta es la causa del odio de doña Elvira, hacia mí; ya está el misterio descubierto. ¡Pobre madre mía! De hoy en adelante viviré en el mundo como un ser sin alma!

—Luis, hijo mío, perdona mi flaqueza! decíale Lope.

—Si, le perdono a Ud. pero ya sé lo que debo hacer. . . . gimió el jóven.

—Hijos míos, escuchad, dijo el sacerdote, sirva este horrible incidente, de ejemplo para lo sucesivo. Sed prudentes y tened valor. Nunca deis un paso en la vida, sin pensar en las consecuencias que os traerá. Sed fuertes para domar las pasiones y pensad en vuestra alma; aunque, el corazón se desgarre, cumplid con vuestros deberes. No atropelléis las leyes divinas y humanas. No os dejeis cegar por el amor o el interés. Sabed que el hombre, más grande, superior, es el hombre honrado; no lo es el sabio ni el rico ni el potentado; solamente el hombre de honor es el más grande, el superior a

todos sus semejantes. Ahora, si al honor unís las perfecciones físicas, tendréis un hombre sublime. "No sembréis abrojos, en el sendero de la vida, que recorréis; estos florecerán y se os clavarán las espinas en vuestros corazones".

Terminadas estas palabras, se adelantó Luis y exclamó:

—Agradezco vuestros consejos, Señor Cura, seguiré vuestro ejemplo y me consagraré a Dios. Me despido de mi santa madre y me alejo de Costa Rica. Adios Anita, adios hermana mía! Adios padre mío! Ginés, mi buen amigo! y le abrazó.

—¡Hijo mío! ¿Cómo, me dejas? preguntóle Lope.

—Dejadme, padre mío, dejadme; mi porvenir está arruinado. . . . Adios! y se alejó seguido de su buen amigo Ginés.

—Que Dios, tenga piedad de vosotros. Id en paz, si es que podéis tenerla.

Apenas proferidas estas palabras, se produjo una fuerte conmoción de tierra; pocos segundos después yacía Cartago en escombros, sepultando bajo sus despojos a muchos de sus habitantes.

El volcán Irazú, había despertado por segunda vez después de la conquista de Costa Rica.

Este fué el terremoto que destruyó a Cartago en el año de 1841.

EPILOGO

Aunque nuestra historia ha terminado bajo las ruinas materiales de la ciudad y de las morales de nuestros protagonistas, tal vez el lector desee saber el fin de algunos tipos simpáticos, que ocupan el segundo lugar o especie de comparsa en esta novela, *cuasi* histórica y, como no sería bien no satisfacer esa natural curiosidad,v amos ha hacer un epílogo, puesto que toda vida lo tiene, y con más razón las descritas en los libros.

Cartago, había sido reedificada. La ciudad moderna, hermosa y siempre envuelta en neblinas y bañada por la tibia luz del sol, se alzó sobre las ruínas.

Semejante a una ondina envuelta en cendales de níveo tul, yacía reclinada en las faldas del Vesubio Centroamericano o sea el idomable Irazú. Allí, acariciada por las brisas de los campos; perfumada por típicas rosas en flor; allí, se alzó la ciudad de largas y amplias calles; que nacen frente a la ya, Basílica de Nuestra Señora de los Angeles, y van a morir al oeste, hacia el Cementerio de la población.

Seis lustros han pasado, desde aquel aciago amanecer, en que el soberbio Irazú derrumbó a Cartago, dejándola en ruínas, a la vez que otro *terremoto* moral se produjo en el alma de los actores de este drama.

El terremoto, respetó la vida de los que en aquellos momentos representaban aquella trágica escena; de la ceremonia matrimonial de Luis y Anita.

Esta, aturdida, por el inesperado desenlace de sus amores, no se dió cuenta del iminente peligro que corría bajo el templo, y no se puso a salvo, la pobre niña. Notando por fin las sacudidas continuas del edificio, se dirigió a la portada, pero, con tan mala suerte, que ésta se desplomó sobre ella, lesionándole el torax lastimosamente. Pocos meses después, bajaba a la tumba víctima de una dolencia pectoral, así se marchitó aquella pobre flor, apenas abierta.

Pocos años después Agueda y Roque murieron con poco tiempo de diferencia.

Lope y Margarita, partieron nuevamente a Panamá. Llevando ambos ,"el frio en el alma". Margarita, enterada del terrible drama ocurrido en Cartago, cuyo autor principal fué su esposo, sintió derrumbarse en su pecho, el altar en el cual habìa colocado su fiel amor. Ella, comprendió el desdén de su esposo y aquella frialdad de él a ella; vino a su mente el retrato de la bellísima jóven que conservaba su marido y por el cual estaban desunidos sus corazones. Ella, perdonó la ofensa, pero no olvidó. Su deber habló muy alto y ella, como virtuosa cristiana perdonó, pero el amor murió en su corazón. Se encontraba sola en su hogar; Luis, se había despedido de ella, para siempre y partió para Guatemala, en donde se ordenó, siendo un ejemplar ministro de Dios. Hacía varios años de su consagración a Dios.

Don Pedro y su esposa, bien ancianos, dormían el sueño de los justos, en el pintoresco Campo Santo de Cartago.

Ginés y Alonso, vivían de sus cuantiosos bienes y en la presente época, criaban ya sus nietos. Habian casado con dos dignas hijas de aquella ciudad de Cartago.

Ginés, había heredado la costumbre de su padre; todas las mañanas presidía el ordeño de sus numerosas vacas, en el patio de la casa y sentado en el vetusto sillón de vaqueta y roble, en el cual se sentaba el autor de sus días. Don Juan no leía periódicos, pues en su tiempo no circulaban, pero Ginés si tenìa varias suscriciones, del país y extranjeros.

Aquella mañana leía un diario guatemalteco. De pronto su fisonomía se nubló y llamó a su esposa.

—Oye, María, oye lo que dice este periódico, y leyó:

—"El Padre santo, ha muerto.

El Sr. Cura de la Parroquia de. . . . , el Presbítero don Luis Rivera oriundo de Panamá, ha muerto. Por sus virtudes cristianas, su caridad y su vida ejemplar mereció el nombre de "Padre Santo", con este nombre ha sido conocido en toda la República de Guatemala, en la cual, fué muy querido y respetado.

Que Dios reciba en su seno a este santo varón".

—Así sea, dijeron con unción los esposos.

—Pobre Luis! Pobre amigo mío! dijo tristemente el anciano Ginés, dejando escapar una lágrima.

—Ginés, querido esposo, Luis ha servido mejor a Dios en el estado en que lo colocó, que en el mundo, dijo María.

—Si. Ha llegado a ser un santo.

Aquel día fué en vano, que la amante esposa de Ginés pudiera apartar de aquel rostro la tristeza y melancolía que le abrumaba.

José Castro, el supuesto hermano de Anita, en aquella epoca era todo un señor. Roque y Agueda, habíanle dejado sus bienes pues no tenían herederos, y se sabía que doña Elvira le había nombrado su heredero universal, por su buen comportamiento

con ellas. Se había casado con la *cholita* María Pacheco, la entregada que describimos en páginas anteriores y tenían varios hijos que alegraban el antiquísimo caserón de las Beltrán.

La actual doña María y don José, tenían su servidumbre y vivían en santa gracia de Dios.

Doña Elvira, decrépita y achacosa, había visto partir a su aya, a su leal servidor Roque y a otras muchas personas conocidas y ella, como un legendario árbol del bosque, resistía los empujes del tiempo sin doblegarse. El matrimonio Castro, vivía con ella y la asistían en sus últimos años. A su muerte, ellos serían unos de los vecinos más acaudalados de la antigua metrópoli: Isabel, la hija menor de José y María, solía acompañar a doña Elvira, en sus visitas a la Cruz de Caravaca.

Frecuentemente la anciana, visitaba aquellos solitarios parajes, testigos mudos de sus desgraciados amores y allí, repetía una y mil veces los consejos que su experiencia le diera, a la niña.

Una de aquellas tardes en que solía prosternarse ante aquella Cruz, se sintió mal la desgraciada mujer.

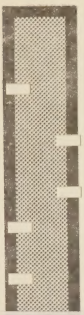
—Dios mío! exclamó, perdona mi falta nunca expiada y acoje mi alma en tu seno! terminando esta frase cayó al pié de la Cruz, espirante, entregando su alma al Todopoderoso, su alma contrita y arrepentida, después de una larga vida de interminables sufrimientos y lágrimas!

FIN.

NOTA: Esta novelita la ha puesto su autora, en drama, que fué juzgado y aprobado por los Sres. Manuel Adams y Bernardo Jambrina, respectivamente, actores de la Compañía dramática "Evángelina Adams". No se representó por ser de "época", como le denominan, y no tener vestuario ni decoraciones a propósito para llevarle a la escena.

LA AUTORA.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92



This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It is **DUE** on the **DAY** indicated below:

28 Oct '53 L O

SEP 0 6 1991

APR 0 2 '92

JUL 2 5 2008

JUL 0 7 2006

OCT 2 3 2009

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
000256140087